

LA MODA.

REVISTA SEMANAL DE LITERATURA, TEATROS, COSTUMBRES Y MODAS.

Este periódico se publica todos los Domingos. En el número 1.º de cada mes se reparten cuatro láminas, representando,

usos, las últimas Modas de París, otras, Patrones para bordados, cortes de vestidos, etc., ó bien lindos dibujos de tapicería ó

de Crochet. Precio de la suscripción 6 reales al mes, lo mismo en Cádiz que en los demás puntos de la península.



SUMARIO.—Revista de teatros.—Revista de la moda.—Explicación del figurín.—Id. del patrón de bordados.—Las perlas.—El galán de noche.—Para los aficionados á la guitarra.—La lisonjera.—Terremotos en Turquía.—Las siete virtudes capitales, por D.ª Robustiana Armiño de Cuesta.—Quintillas, por D. Mariano de Larra.—El que piensa mal acierta, Dolora por D. Ignacio Virto.—El Leproso, por D.ª Eloisa Gattebled de Santa Coloma.—Ana, leyenda alemana, por D. J. de P. Blanco.—Geroglífico.

LÁMINAS.—Figurín de modas.—Patrón doble de bordados.—Dibujo de tapicería en colores.—Lámina de paisaje para copiar á dos lápices.

REVISTA DE TEATROS.

PRINCIPAL.—*La Traviata*.—*Las mujeres de mármol*.—BALÓN.—*La cola del diablo*.

Tiempo ha que las óperas italianas sacan sus argumentos de todos los repertorios de Europa, si bien por lo comun al adaptarlos á las condiciones líricas alteran infelizmente los originales. No entraremos en la minuciosa reseña de todos ellos; puesto que nos bastará el breve análisis que vamos á hacer de *La Traviata*, ópera tomada, como es sabido, de *La dame aux camelias* de Dumas hijo, cuya producción alcanzó tanto éxito en la capital de Francia.

Nuestras costumbres no son las de París, pero sabemos de ellas lo suficiente para no ignorar que allí existe una numerosa clase de mujeres que venden sus favores á subido precio, que gastan un escandaloso lujo, y que constituyen, por decirlo así, la aristocracia del vicio. Los hombres de mas distinguida posición, la juventud que se llama de buen tono, no se desdeñan de presentarse con tales mujeres en los sitios mas públicos, con mengua

y con desdoro de las doncellas honestas, de las esposas honradas, no siéndoles bastantes todo el atractivo del pudor, toda la autoridad de la virtud inmaculada, á confinar á sus indignas rivales en el fondo de sus inmundos salones y de sus asquerosas orgías; porque la costumbre es la reina de la sociedad, y ellas se resignan á esta costumbre por mas humillante que para el bello sexo sea, y por mas que socave por su pie el edificio de la moral pública.

Ahora bien, como si todas esas riquezas, esos banquetes espléndidos, esos carruajes suntuosos, esos magníficos caballos, no insultasen ya bastante á las gentes honradas, se ha querido ir mas allá, se ha hecho en el teatro la apoteosis de las *loretas*, y esta apoteosis se ha traducido al castellano con el impio título de *Redención*, suponiendo que un amor impuro puede redimir anteriores impurezas, y haciendo despertar el interés en favor de aquella tierna loreta, llena de nobleza y de elevados sentimientos, no obstante los cuales vivió todo lo que pudo desplumando á sus amantes de alquiler.

Esta apreciableísima jóven, que desde el mostrador de un almacén de lienzos habia pasado del modo que ya se supone á la tetera de un coche, muere tísica; porque la tisis, segun Dumas padre é hijo, es una enfermedad muy dramática, como no lo son por ejemplo las almorranas, los pujos ni los golondrinos. Dejó su mala vida cuando ya no podia ser mala, lo cual es un sacrificio sublime y una abnegación sin ejemplo. Su muerte es edificante, puesto que espira en los brazos del sin vergüenza que ella habia mantenido con lo que *honradamente* otros le habian hecho ganar. Para semejante especie de mozos hay un nombre en castellano, que no tenemos necesidad de poner aquí. Tales *La Traviata*.

Probablemente con el fin de neutralizar esas perniciosas tendencias se escribió el dra-

ma titulado *Les filles de marbre*, y que ahora traducido por el Sr. D. Carlos Zapata se acaba de poner en escena en el Principal. De él pues, bien así como de las alteraciones hechas por el traductor, vamos á ocuparnos tan brevemente como permiten los límites de la presente revista.

Este drama es extraño en sus formas: su primer acto, ó mejor dicho, su prólogo, se supone en Atenas, siendo sus principales personajes Fídias el escultor, Diógenes el cínico, Alcibiades y el opulento Górgias. Este ha encargado y pagado á Fídias tres estatuas representando las tres gracias, y cuyos originales eran las tres principales cortesanas de Atenas, á saber, Aspasia, Lais y Frinéa; pero el escultor amaba á sus obras y no quería venderlas. Entonces Diógenes propone se consulte á las estatuas mismas para ver á quien quieren ellas seguir, y aunque la proposición es estravagantísima se acepta sin embargo. Fídias espone ser él quien les ha dado forma sobrehumana, ser él á quien deben su hermosura, y ser en fin el que las ama; pero las estatuas permanecen inalterables. Górgias á su vez se presenta, les pondera sus riquezas y les ofrece dorados palacios. Las estatuas entonces vuelven el rostro y sonríen al mas rico ciudadano de la Grecia y del Asia. Aquellas mujeres de mármol se han animado ante la esperanza del oro. En el siglo de Pericles como en el actual, en Atenas como en París, no reconocen otro móvil de su conducta.

El resto del drama se supone en 1855. Aspasia es prima donna, Lais corista de la ópera, Górgias es el conde de Fresnes, Diógenes se llama Degenais, director de un periódico, Alcibiades un calavera de buen tono, Fídias sigue siendo escultor y pobre, se llama Rafael. Cada cual es el mismo que era, solo que está vestido de otro modo. La sociedad es la misma, solo que ha variado en ciertos accidentes exteriores.

Aquí como allí Rafael se enamora de la nueva Aspasia, y ella cediendo á un momentáneo capricho parece corresponderle algun tiempo, pero estas breves relaciones arruinan la bolsa del artista, apagan su genio, destruyen su felicidad. Los consejos de su amigo Degenais de nada sirven, su bella se aburre pronto de esta especie de sugestión, llama á sus antiguos amigos, el opulento de Fresnes desbanca facilísimamente al arruinado artista, no hay humillación por la que no se le haga pasar, hasta que corrido y llena de do-

lor el alma vuelve á su modesto taller, donde le esperan los brazos de su madre y los cuidados de una bella y honesta jóven que le ama y con la que debe casarse.

Desde este punto es desde donde discrepan el original y la traducción. En aquel el escultor, devorado por la pena que le causa su no vencido y mal pagado amor, muere en los brazos de Degenais y de María pocos momentos antes de la llegada de la mujer que ocasiona su muerte, la cual aparece allí no sabemos para qué. El final este es precipitado, es ininteligible, es malo en fin. Para obviar sus inconvenientes ha querido darle el traductor otro giro. En este, Rafael olvida de todo punto á aquella mujer indigna, y curado de su pasión vuelve al cariño de María, recibiendo ambos las bendiciones de su madre. Esta terminación es sin duda en la esencia mejor que la anterior; pero tiene el inconveniente de que por mas que se estire no da lugar á un acto de regulares dimensiones. Falta en él suficiente acción y se hace frío. Nosotros creemos que el mal está en el corte mismo del drama, y así ni nos satisface el último acto del original, ni el de la traducción, ni probablemente no satisfaría ninguno que se le colocase, siempre que permaneciesen intactos los anteriores.

Esta obra está muy bien escrita; hay en ella chispa, facilidad, conciencia; el diálogo es siempre vivo, animado, picante, y á escepción del ya mencionado quinto acto todo lo demás está perfectamente entendido y ordenado.

Sus tendencias morales nos parecen muy dignas de alabanza, como que constituyen un ataque directo á aquellas otras tendencias de mala especie que se desprenden de *La dame aux camelias*. En esta última se poetiza, se encomia, se sublima á las loretas; en aquella se las presenta tales cuales ellas son, es decir, en toda su repugnante deformidad; y todo esto con la energía de la honradez indignada, y todo esto en noble defensa de los ultrajados fueros de la moral.

Una producción de esta especie es sumamente difícil de traducir. Teniendo esto presente es como se podrá apreciar el trabajo del Sr. Zapata, que sin disputa ha sido hecho con esmero y conocimiento. Lástima es que haya sido preciso el suprimir la parte cantada del original.

La ejecución fué por parte de todos muy buena. En papeles como los de Degenais está en su elemento el Sr. Parreño.

En el Balon la misma compañía ha ofrecido una novedad notable respecto al género. Hablamos de *La cola del diablo*, disparatadísima zarzuela, en la que los Sres. Parreño y Lozano nos han hecho llorar de risa, por mas que cerca de la una de la noche, con una temperatura para sacar pollos y llevando casi seis horas de funcion no haya muchos ánimos ni siquiera para reir. Así es que se marcharon no pocas personas que acaso solo habrían ido por ver la zarzuela.

La concurrencia buena y no escasa. Los aplausos muchos y merecidos.

F. F. A.

REVISTA DE LA MODA.

SUMARIO.—Fiestas del bautismo imperial.—La moda en Saint-Cloud.—Prendidos de baile vistos en la corte.—Las flores sobre los vestidos.—Los adornos de S. M. la emperatriz Eugenia.—Tres corpiños nuevos; el frac Montepañ, el corpiño morisco y el corpiño catalán.—Lo que se entiende por una Fanchonette.—La Fanchonette adorna corpiños y sombreros.—La moda triste.—Los vestidos de cuadritos de seda.—Las levitas de tafetan y de moaré llamadas Increíbles.—Las Increíbles hacen furor y se llevan los honores de la moda.—Los sombreros coronados de flores.—Descripción de prendidos de baile fotografiados en el Hotel de Ville.

El bautismo imperial ha esparcido su generosa influencia no solo sobre muchos infelices, sino también sobre la moda y sobre la industria. La ceremonia de Nuestra Señora, el baile del Hotel de Ville y las fiestas del palacio de Saint Cloud, han sido para la moda verdaderos triunfos. Habíase dicho que los trajes serían pomposos, y que los bordados de oro y de plata reemplazarían todas las frescas telas de gasa y de tul que luchan y rivalizan con las flores. Pero nada de esto; los trajes se han ostentado lijeros y vaporosos. Todas las hermosas señoras admitidas á la solemnidad del bautismo llevaban vestidos de baile y guirnalda de flores. Pero ¡qué vestidos!... Vestidos que soportaban los rayos de la luz y del sol, vestidos de mil colores, de mil formas, cubiertos de encaje, de blondas, de cintas y de flores. ¿Y el cortejo imperial? Era un cuento fantástico en acción. No se podía dar crédito á los ojos viendo las carrozas de espejo y de oro, los caballos con penachos blancos, los criados con libreas doradas, tantas señoras vestidas de blanco, de color de rosa, de azul en carruajes transparentes;

un príncipe rubio como un ángel del que cada sonrisa vale una gracia, un perdón, un beneficio... y la emperatriz Eugenia que parecía una Virgen María, tanta bondad y tanta gracia hay en su rostro encantador. La carroza en que iban SS. MM. es la que sirvió para la consagración del rey Carlos X.

Con motivo del bautizo la moda ha podido ostentar sus galas en el palacio de Saint Cloud. Voy, pues, á copiar en la corte misma de la emperatriz los trajes de baile mas frescos y elegantes que allí se admiraron. Ante todo debo decir que jamás los vestidos de baile se han mostrado con una profusión de flores artificiales mas variada. Un vestido es un jardín; hé aquí la descripción de algunos de los mas notables.

—Un vestido de tul color de rosa con trasparente de tafetan del mismo color, adornos de flores de laurel-rosa colocados en guirnalda sobre cuatro faldas de tul color de rosa. Estos adornos de flores sin hojas están muy á la moda. Las costureras los disponen segun su capricho: se hacen con florecillas de azul vivo, de rosas de Mayo, de botones de oro y de primavera.

—Otro de tul verde Azoff con una segunda falda, digámoslo así, de rosas blancas y magnolias con hojas naturales. Largos cordones de rosas levantados en guirnalda formaban una túnica de flores. Del hombro izquierdo partía un cordón de hojas y de botones que venían á florecer en forma de ramillete de rosas al lado opuesto á la altura de la cadera. El adorno de cabeza era una guirnalda redonda con colgantes de hojas y de botones.

—Otro blanco adornado de largas ramas de manzano con flores y frutos. Este adorno es muy nuevo. Nada puede imaginarse mas gracioso que esas manzanitas verdes y nacientes; pero no todas las mujeres pueden llevar este adorno: para que siente bien se necesita la hermosura y la gracia de la juventud.

—Otro de gasa azul con ocho volantes guardados con un fleco de paja. La señora que vestía este traje llevaba en la cabeza un adorno de flores menudas con espigas de paja.

—Otro parecido á una margarita malva, esto es, compuesto de un vestido de gasa con siete volantes estampados. El adorno era de pluma imitando flores de acacia color de rosa.

—Otro de tarlatana azul compuesto de cuatro faldas cada una de un azul diferente, y cuatro guirnalda de florecillas en relación con aquellos matices.

S. M. la emperatriz Eugenia se mostró en todas estas fiestas con vestidos de cuatro colores, verde, azul, malva y blanco; todos ellos tiernos y delicados en armonía con su belleza dorada. Sobre el vestido blanco las flores eran rosas blancas con largas yerbas flotantes. Sobre el malva las mismas yerbas con flores de malva. Sobre el verde Azoff espigas verdes de diferentes matices, y sobre el blanco florecillas azules.

Ahora que he concluido con los trajes de

baile vamos á ver las novedades de calle. Durante la estacion de las flores y del campo, la moda descansa regularmente; pero este año no parece dispuesta á descansar, pues acaba de crear tres nuevos corpiños, á saber: el corpiño Montespan, el corpiño morisco y el corpiño catalan. El primero representa como un fraquecillo de hombre, pues lleva por detrás una larga faldeta redonda que cae sobre la falda como los faldones de un frac, en tanto que por delante forma la punta y dibuja el talle, como los corpiños de otro tiempo. Este corpiño original ha sido aceptado con entusiasmo por las niñas bonitas que quieren vestir de un modo notable.—El corpiño morisco forma primeramente una chaquetilla de faldetas, y sobre ellas cae una infinidad de ondas cortadas sobre el mismo corpiño. Las modistas se divierten inventando estos cortes y saben sacar tela donde no existe.—Por último, el corpiño catalan tiene una redecilla de terciopelo y de cinta sobre el pecho: es un modo de hacer que resalten los contornos de un pecho casto y de encerrar el talle en un enrejado de terciopelo.

Para adorno de vestido se lleva en el día una actualidad encantadora llamada una Fanchonnette. ¿Qué es una Fanchonnette? Una especie de berta de encaje de largas puntas redondas y escotada, que se pone indistintamente sobre un corpiño escotado. Algunas elegantes colocan á veces su Fanchonnette sobre el fondo de su sombrero de paja y se prende bajo la barba sobre las cintas. Es un adorno que sienta bien y que recuerda las modas del tiempo de Luis XV. Pero no es producto de la moda clásica, sino de la moda caprichosa; la primera no existe ya afortunadamente. Cada cual se viste segun sus sentimientos y su fantasía. La romántica se pone triste; todos sus vestidos son jaspeados y de sombra cenicienta y negra ó cenicienta y blanca. Los cuadritos de seda negro y blanco hacen furor; pero estos vestidos han llegado á ser demasiado vulgares.

Habiendo anunciado ya el frac Montespan como un corpiño de señora, es oportuno hablar de las levitas de tafetan y de moaré como manteletas que llaman «Increíbles,» y la denominacion es muy justa. Pero no se vaya á creer que invento yo tales rarezas; las Increíbles existen y son unas levitas verdaderas que caen hasta media falda y envuelven todo el vestido reuniéndose por delante. La falda forma gruesos pliegues; es una concesion hecha á la crinolina y á las mangas almidonadas. El corpiño es aplastado y ajusta y cierra con alamares que se hacen oposicion. Las mangas son muy anchas y flotantes, y están abiertas de modo que dejan descubiertas las del vestido y las blancas. Las Increíbles no llevan adornos. Estas pequeñas levitas se contentan con su corte atrevido, elegante y original. La boga de las Increíbles es inmensa. Todas las mujeres de formas demasiado abultadas se escandalizan con esta moda, pero todas las jóvenes bien hechas no quieren llevar otra cosa. Si esta le-

vita de tafetan y de moaré se lleva los honores de la moda para la estacion de verano y de otoño, es seguro que su triunfo será mayor todavia cuando se haga de terciopelo, de muleton y de paño para la estacion de invierno. Se prepara una revolucion completa. Despues del frac y la levita no nos falta mas que el pantalon. Ah! shoshing, shoshing, exclamarán todas las inglesas y tendrán razon. Creo que no llegaremos hasta ese punto.

En cuanto á los sombreros, se coronan todos de guirnalda. Precioso adorno. Todas las pastoras de Watteau y de Flórian se coronaban de flores. Con una guirnalda de flores los sombreros prescinden de cintas. La guirnalda arrollada al borde del ala corriendo por el casco y los contornos de la guarnicion de detrás hasta como ornato. Los sombreros coronados de flores son muy propios para jóvenes señoritas.

Concluyo esta revista de la moda del día con la descripcion de algunos trajes de baile fotografiados en el Hotel de Ville.

El primero es de tafetan color de maiz, cubierto de volantes de encaje y de adornos de cintas color de maiz, dispuestas en lazos sostenidos por hermosas margaritas purpurinas y violetas. Una túnica de encaje forma faldetas al rededor del talle. El corpiño es de punta con fichú Antonieta de punto, prendido con un ramillete de margaritas. Adorno de cabeza de perlas finas y de flores. Brazaletes ricos y abanico Luis XV.

El segundo traje se compone de un vestido de tafetan color de rosa cubierto de dos grandes volantes de tafetan color de rosa, guarnecidos de bandas de terciopelo negro y de dos grandes volantes de encaje de Inglaterra. Sobre los volantes se reúne una pequeña falda de encaje, levantada y prendida con lazos de color de rosa. En cada afollado se ve un grueso ramillete de flores. El corpiño es aplastado y va adornado con cuatro ramilletes de flores, uno sobre cada hombro y dos sobre el pecho. Peinado natural; los cabellos van arrollados, y por decirlo así, sueltos.

El tercer traje es de gasa color lapizlázuli. Todo el vestido está rizado en pequeños pliegues de gasa; se diria una margarita de los jardines. El tocado consiste en flores acuáticas con yerba y largas cintas de verdura.

El cuarto traje, llevado por una señora de cierta edad, es de tafetan color de malva; el vestido va cubierto de encaje de Chantilly; el corpiño escotado va adornado con un fichú de encaje formando canesú subido. Las mangas son de encaje, y sobre la falda caen cuatro espléndidos volantes de encaje. El tocado es de blonda y de flores.

VIZCONDESA DE RENNEVILLE.

Explicacion del figurin de Modas que acompaña al presente número.

PRIMER FIGURIN.

Trage de gros gris-plata, guarnecida la enagua de tres grandes volantes: monillo sin faldas abrochado con botones de pasamanería: las mangas tienen un buche, tres fruncidos chicos y un gran volante: grandes buches de tul cubiertos de encaje y cojidos con un lazo de cinta blanca. Cuello galoneado de encaje. Brazaletes ricos. Guantes de cabritilla de Suecia, de medio color. Manteleta de gros color marron guarnecida de fleco de felpilla del mismo color y negro: esta manteleta forma falda y mangas, y ciñe al talle. Capota de crespon verde, adornada de blondas, flores de violeta de Panamá y buches de crespon. Sombrilla blanca y rosa con caidas y moño.

SEGUNDO FIGURIN.

Vestido de gros azul-francia rayado: monillo con solapa de hechura de toquilla, guarnecido de felpilla azul, y sobre los hombros lazos del mismo color: las mangas formadas de tres volantes rodeadas de flecos: el primer volante cosido á la union del hombro, y sobre el tercero un nudo de cinta azul. Cuello de muselina bordado. Mangas blancas de dos volantes con embutidos de muselina bordados. Sombrero de paja de Panamá, adornado de cinta blanca y flores silvestres: cabos blancos con filetes de paja. Guantes de cabritilla de Suecia color maiz. Sombrilla de tafetan liso color mahon.

TERCER FIGURIN.

PARA NIÑA DE CINCO AÑOS.

Vestido de tafetan á cuadros color rosa de China; monillo escotado y la enagua muy corta: sobre el monillo hay otro con faldeta y guarnecido de una toquilla Antonieta de muselina bordada con faralá galoneado. Mangas al sesgo muy cortas y anchas con la misma guarnicion que la toquilla. Calzoncito bordado. Botas de saten francés marron con bigoterías de charol. Cabello trenzado sujeto con un moño de terciopelo negro. Sombrero de paja de Italia adornado con dos ramos de margaritas blancas y cintas color de rosa: al rededor de la copa se coloca una guirnalda de la misma flor y color con un nudo de cinta rosa, cabos largos.

Explicacion de la hoja de bordados que acompaña al presente número.

N.º 1. Guarnicion para enaguas y envolturas: bordado al pasado ó punto de rosa.

- » 2. Id. mas pequeña para los monillos: el mismo bordado.
- » 3. Puntas con ojetes.
- » 4. Babadero para niños, bordado de puntas y ojetes sobre piqué.
- » 5. C. H.: al pasado.
- » 6. T. M. T. y corona de conde: al pasado.
- » 7. Salpicado para buches de mangas: al pasado.
- » 8. Puños para las mismas: id.
- » 9 y 10. Guarniciones para objetos de niños: id.
- » 11. M. B.: feston.
- » 12. Embutido: id.
- » 13. Amalia: al pasado.
- » 14. Embutido: al pasado y punto inglés.
- » 15. C. M.: al pasado, y el escudo á feston.
- » 16. Esquina de un pañuelo: feston.
- » 17. B. C.: al pasado.
- » 18. M. O.: feston.
- » 19. María: al pasado.
- » 20. Cuello mosquetero para señora: al pasado y punto inglés.
- » 21. Redondela de papalina de tul: sobrepuesto al pasado.
- » 22. C. L.: al pasado y punto de armas.
- » 23. M. O.: id.

LAS PERLAS.

¿Veis, amables lectoras, esas perlas que adornan vuestros cuellos de alabastro y que hacen resplandecer mas vuestra hermosura? Pues bien, esas perlas no se adquieren sino con muchísimo trabajo; son el producto de la enfermedad de un animal, y cuesta muchísimo trabajo el conseguirlas. Antes de que lleguen á nuestras manos, pasan por otras mil, y muchas veces su pesca, porque para adquirir la perla es necesario pescarla, suele ocasionar la muerte de mas de un buzo pescador.

Ahora voy á contaros de donde viene la perla, como se coge, y las preparaciones que necesita para ponerse en el estado en que llega á vuestras manos.

Tal vez cuando entreis en un salon espléndidamente iluminado, al ver los aderezos y collares de perlas con que irán adornadas vuestras amigas, ó cuando recibais un regalo de perlas de vuestros padres, de vuestro hermano ó de vuestro novio, dareis gracias y os acordareis del que os escribe y os dedica estas líneas para daros á conocer lo que son las perlas y lo que cuesta adquirirlas.

Se encuentran las perlas en diferentes especies de conchas, de las que unas pertenecen á las ostras, y otras á las almejas. Ordinariamente cada concha tiene mas de una perla, y aun algunas veces una sola contiene tantas, que es imposible

que el animal que está encerrado dentro pueda vivir. Pero entre todas las perlas que se hallan encerradas en la misma ostra, ordinariamente no hay mas que una que sea de un tamaño y hermosura notable, y por esa razon es mas estimada. Las perlas se encuentran en todas las partes carnosas del animal.

Créese que las perlas se engendran en estos animales por una enfermedad, semejante á la de la piedra en el hombre y otros mamíferos. El hombre, para satisfacer sus gustos, su lujo, y muchas veces sus mas frivolos caprichos, se adorna con las perlas, y á pesar de todo es preciso confesar que en eso se conoce muy bien su maravilloso instinto. Pero ¿por qué ha de costar tantas fatigas á los pobres pescadores la adquisicion de un objeto de tanto lujo?

Las ostras y las almejas que contienen la perla, se encuentran en todas las mares del universo; y aun en algunos rios de Sajonia. Las perlas, es decir, las que se hallan en los animales mas enfermizos y delicados, se pescan en los mares del Asia, y principalmente en el golfo Pérsico, y tanto por ser mayores que las demás, como porque son mas brillantes y mas buenas, se llaman perlas orientales y se adquieren á mas subido precio.

Como estas ostras se encuentran en lo mas profundo del mar, y aun fuertemente incrustadas en las rocas submarinas sin cambiar nunca de sitio, la pesca es espuesta y trabajosa; pero acostumbrados los buzos desde su infancia á permanecer algunos instantes en el fondo del agua sin respirar, algunos subsisten privados así del aire hasta un cuarto de hora.

En el golfo Pérsico solo se pescan dos veces al año las ostras perlas, en la primavera y en el otoño, porque son las dos estaciones en que la enfermedad causa mas destrozo.

Entonces se reunen centenares y aun algunas veces millares de canoas de pescadores; en cada una de las cuales hay uno ó dos buzos. Ancladas las barcas en los sitios donde se sabe hay rocas submarinas, y donde el agua se sabe tiene doce varas de profundidad, el buzo se ata al cuerpo una gran piedra y otra al pié á fin de descender mas pronto al final del mar, y no ser arrastrado por la corriente. Una cuerda gruesa y fuerte arrollada al rededor del cuerpo y atada á la canoa por la otra punta, sirve para subirlo cuando quiere tomar aliento.

Ya en el fondo, arranca todas las ostras-perlas que descubre, porque distingue con mucha facilidad los objetos que se hallan debajo del agua, y coloca el producto de su pesca en una red atada al rededor del cuello. Luego que el pescador llena la red, ó no puede respirar, mueve la cuerda, se agarra á ella con las dos manos, y los que se hallan en la barca lo suben al momento. Muchas veces saca hasta quinientas ostras, pero en algunas ocasiones no llegan á cincuenta.

El agua de aquellas regiones es muy clara, y esto permite distinguir los objetos que le rodean.

Así es que cuando divisa algun pez carnívoro, un tiburón por ejemplo, agita el agua para no ser visto; pero á pesar de esta precaucion, muchos buzos perecen devorados, y otros suben con una pierna ó un brazo menos.

Cuando un buzo encuentra mas almejas que las que puede llevar de una vez, las reúne en un monton, sube para respirar y baja en seguida en busca de su tesoro; pero algunas veces ha desaparecido, porque tambien hay ladrones en el fondo de los mares. Como las barcas están juntas sucede con frecuencia que los buzos se encuentran en el fondo del agua, soliendo andar á cachetes cuando uno quiere quitar á otro el monton que ha reunido.

Como los habitantes de aquellas regiones se habitúan desde la infancia á sumergirse y retener la respiracion, adquieren gran habilidad en su ejercicio, y segun ella, así son recompensados. No obstante, es tan penoso este trabajo, que solo se sumergen siete veces al dia, y algunos que quieren pescar mas que sus vecinos, se olvidan de respirar, y se ahogan en el fondo del agua, ó vuelven arriba arrojando sangre por boca, ojos, narices y oidos.

Solo se puede pescar la ostra-perla antes del mediodia; de suerte que cuando el mediodia se acerca, todos los barquichuelos se dirijen hácia la orilla, y los pescadores abren entonces en la playa muchos hoyos de bastante profundidad. Con la arena que de ellos sacan forman al rededor de los hoyos pequeñas colinas, y en ellas colocan las almejas recojidas. Como este animal solo puede vivir en el agua, perece inmediatamente, se abre la concha para no volver á cerrarse, y al momento empieza la descomposicion. Luego que se ha corrompido toda la carne, la perla se desprende de la almeja y rueda al foso abierto á sus piés, teniendo cuidado los pescadores de quitarles la arena y cualquiera otra suciedad que pueda cubrirla. En seguida las escojen, las casan segun su tamaño, y las ponen en venta.

Las perlas tienen la ventaja de que no hay necesidad de pulirlas, porque desde luego son bellas y brillantes. Hay mucho afán en falsificarlas; pero por lo regular se conoce la falsificacion á la legua: las falsas no tienen el brillo mate que tienen las finas, el calor las descompone, y se deshacen y rompen al apretarlas. En Roma y en Venecia hay varias fábricas de perlas falsas, y de ellas se hace gran comercio.

Hay una clase de perla muy estimada, que es la perla negra; para mí esta perla carece del mérito que algunas personas le quieren dar: es una degeneracion de la perla blanca: aquí ha estado muy de moda, y la reina Isabel posee un collar compuesto de cincuenta y tres perlas negras de un grueso casi fabuloso.

Las perlas son, sin disputa ninguna, el adorno mas lindo de la mujer. Los romanos creian que era la alhaja mas preciosa y sencilla con que se engalanaban las matronas romanas. Entonces tenían una consideracion inmensa, su coste era

exorbitante, y para demostrar la riqueza y el lujo de Cleopatra, baste decir que en los convites que daba á Antonio, hacia disolver perlas en una copa de oro para dárselas á beber y beberlas ella en compañía de Antonio. ¡Es hasta donde se puede llevar la exajeracion de la riqueza y del lujo!...

JOSÉ MUÑOZ Y GAVIRIA.

EL GALAN DE NOCHE.

Era un galan bello, y era
su dulce madre una fuente;
suspirando tristemente
hablaban de esta manera:

- Estás triste?
—Oh madre mia!
—Suspiras tanto!
—Ay de mí!
—Quién te dá penas?
—El día.
—Te gusta la noche?
—Sí.
—Pasas el día?...
—Llorando.
—De tristeza?
—De dolor.
—Pasas la noche?...
—Velando.
—Hijo, qué tienes?
—Amor.
—Sin consuelo?
—Sin consuelo.
—Y sin esperanza?
—Alguna.
—A dónde miras?
—Al cielo.
—Quién es tu vida?
—La luna.
—Cuando la ves te da pena?
—Lleno de placer suspiro.
—Te mira dulce y serena?
—Me mira mucho y la miro.
—Quién calma si se detiene
tu amoroso devaneo?
—La ven mis ojos si viene;
sinó, la vé mi deseo.
—Ese amor es desvarío
y nadie amó de esa suerte;
porque ese amor, hijo mío,
lleva en sus ansias la muerte.
—La muerte! dulce alegría,
única esperanza bella;
en muriendo, madre mia,
subiré á vivir con ella.

Inquieta gimió la fuente;
bendiciendo su fortuna

levantó el galan la frente,
y apareció por oriente
melancólica la luna.

JOSÉ SELGAS Y CARRASCO.

PARA LOS AFICIONADOS A LA GUITARRA.

Entre los instrumentos de música condenados por la moda á un duro ostracismo, hallamos la guitarra, cuya boga extraordinaria en otras épocas ha sido reemplazada en el día por el mas amargo desden ó la mas desconsoladora indiferencia. Acusaron á la guitarra de insuficiente é impropia para la espresion de la música seria, y no bastaron los esfuerzos ni el gran talento de Mauro Juliani, que indudablemente ha sido el primer compositor y guitarrista del mundo, para restablecer el crédito y buena fama de este instrumento.

Volúmenes enteros podriamos escribir si fuera nuestro ánimo esplicar ahora la causa de semejante decadencia, una de las que se han verificado con mas rapidez en nuestros días tan fecundos en sucesos de igual naturaleza; pero queremos limitarnos á indicar las principales causas que han producido esta postergacion de la guitarra que, á nuestro parecer, consisten evidentemente en la escasa perfeccion de sus medios mecánicos y en la nulidad de las composiciones musicales modernas escritas para ese suave instrumento. En estos últimos años los guitarristas de Viena han trabajado con ahinco, aunque con poco fruto, en mejorar las condiciones armónicas de la guitarra.

M. Nicolás Makaroff, filarmónico ruso de los mas distinguidos, llevado de su ardiente amor á la música en general y particularmente á la guitarra, acaba de proponer un concurso por medio de uno de los órganos mas autorizados de la prensa moscovita, la *Gaceta de San Petersburgo*, con el fin de escitar la emulacion de los tocadores y compositores, y que la guitarra reconquiste el honroso puesto que merece entre los instrumentos de salon. Este concurso que debe tener lugar en Bruselas se dividió en dos secciones: en la primera se otorgará un premio de ochocientos francos á la mejor composicion escrita para guitarra, y un accesit de quinientos francos á la calificada en segundo lugar por los jueces.

Además se concederán otros dos premios de ochocientos y quinientos francos á los constructores de las dos mejores guitarras de tamaño grande y de diez cuerdas, que reúnan las condiciones apetecibles en todo instrumento perfecto; á saber, plenitud, dulzura y sonoridad de voces.

Las piezas musicales deberán recibirse para guitarra de seis ó diez cuerdas, y con acompañamiento de piano ó sin él. Un mismo compositor podrá obtener ambos premios si sus obras son calificadas como las dos mejores de cuantas se ha-



van presentado. Es condicion primordial del concurso que la música escrita sea ejecutable, y por lo tanto no se admitirán esas elucubraciones fantásticas que comunmente nadie puede interpretar, ni aun los mismos que las escribieron.

Las guitarras y las composiciones deben remitirse a la legacion rusa en Bruselas antes del último dia de Noviembre de 1856.

Ya están avisados, pues, los guitarristas, y esperamos que nuestra Andalucía no dejará de tomar cartas en un asunto que tanto le atañe.

C. DE U.

LA LISONJERA.

Las auras leves,
en vuelo blando,
van suspirando
de flor en flor.
—¡Quién lo diría!
¡Quién lo creyera!
La lisonjera
muere de amor.

«Sus mansas hojas,
rico tesoro
de lila y oro,
mústias están.
Dobla la frente,
trémula gira,
triste suspira;
hondo es su afán.

«Ellas que en prenda
de sus amores,
entre favores
puso el desden;
ella que ha visto
tantos amantes,
sin que inconstantes
penas le den.

«La bulliciosa
del amor dueña,
la flor risueña,
la alegre flor;
la que prestaba
su amor á un ruego;
su amor... y luego
su desamor.

«La que al arroyo
que la servia,
amor mentia
harto cruel;
por ella un nardo
tuvo desvelos,
y amargos celos
lloró un clavel.

«La flor ingrata
la flor hermosa,
la veleidosa

ahora mirad.
Ningun consuelo
su afán mitiga;
amor castiga
su veleidad.

«Esos suspiros
tristes y lentos,
son los lamentos
de su dolor.
Oídme, flores,
¡quién lo creyera!
la lisongera
muere de amor.

JOSE SELGAS Y CARRASCO.

TERREMOTOS EN TURQUIA.

En el año último el imperio otomano ha sufrido calamidades de un género aun mas terrible que las de la guerra.

Los terremotos han estado á la órden del dia en los dominios del Sultan.

Quince nada menos se han sentido desde el 24 de Enero al 16 de Diciembre entre Rodas y Philipopoli; treinta se han notado solamente en Constantinopla, y veinte y cinco en Broussa.

En este último punto la conmocion fué tan intensa que causó los mayores desastres. Toda las mezquitas con sus ciento cincuenta minaretes vinieron por tierra, y las casas que tambien se aruinaron privaron de la existencia á mil y trescientas personas.

En Smirna se sintieron durante el año cuatro fuertes oscilaciones; dos en Rodas, Gallipoli y Adriannople.

Segun los fisicos, tanto las erupciones volcánicas como los terremotos, proceden de la dilatacion de gases y vapores ocasionados por el calor: pudiendo compararse semejantes fenómenos á la esplosion de las calderas de una máquina de vapor. La duracion de los terremotos suele no pasar de un minuto, mas es lo suficiente para que se produzcan los mas terribles accidentes.

Alzase y vibra el terreno, profundas grietas se abren en la tierra por las cuales brotan torrentes de fuego, humo, aguas hirviendo ó materias en ignicion; aplánanse elevadas montañas, levántanse otras donde antes existian profundas cimas, y mas de una vez hemos visto que han desaparecido ciudades enteras sin dejar ni aun señales de su existencia.

Conluyamos esta somera narracion, diciendo que en los dos terremotos que sufrió Broussa, el fuego eléctrico que se desarrollara produjo grandes conflagraciones que pusieron en inminente riesgo la vida de aquellos pobres habitantes.

LAS SIETE VIRTUDES CAPITALES,

POR

Doña Robustiana Armiño de Cuesta.

NOVELA ORIGINAL.

Contra Soberbia Humildad.

¡Cuál fué su asombro, al ver tendido sobre la ropa de su mismo lecho un hermoso joven herido, cuyas facciones, aunque alteradas por el dolor, reflejaban un alma ardiente, noble y apasionada.

Inés exhaló un ligero grito arrancado por la sorpresa y el rubor, y se encaminó tambaleando hacia el lecho de su madre, y arrojándose á su cuello con indecible alegría, y santiguándose á escondidas, porque acababa de mirar con interés un herido, que al fin estaba con el pecho y los hombros desnudos.

—Hija mía, dijo el párroco saliendo de entre el grupo y dirigiéndose á Inés, acabo de aprovecharme de tu casa para ejercer una obra de caridad: la mia estaba demasiado lejos, y por eso no he vacilado.

Entonces explicó á Inés en pocas palabras que aquel joven, acompañado de sus tres criados, venia de Castilla con el solo objeto de recorrer cazando las pintorescas montañas de Asturias, y sobre todo las de la célebre Covadonga, que arrojando del caballo cerca de Argandenes, los criados habian acudido al pueblo en busca de socorros, y que habiéndose logrado conducir al herido hasta aquel punto, habian determinado dejarle en la primera casa, á fin de que el cirujano pudiese emprender al instante la primera cura.

—A pesar de tu ausencia, añadió el ecónomo con dulzura, no he vacilado un momento en tomar cuantas ropas fueron necesarias, ayudándome con sus gestos y con sus gritos tu buena madre, que desde luego me hizo seña de que colocase al enfermo en tu mismo lecho, lo que se hará tan luego como se concluya la cura.

Inés se inclinó respetuosamente y calló, porque no sabia qué decir. Era tan nuevo para ella verse con huéspedes en su reducida casa, era tal el rubor que experimentaba al encontrarse bajo un mismo techo con un joven, del que al parecer debia constituirse su enfermera, que solo al ver la serenidad del cura y de la paralítica, logró tranquilizar en parte su alma sencilla é inocente como la de un niño.

—Señor, murmuró mirando al cura con timidez, no es posible que se queden aquí los criados, porque la casa es demasiado reducida, y entonces ¿cómo atender al enfermo?

—Oh! eso está ya todo arreglado, respondió el cura con el tono de una persona previsora, los dos

jóvenes vendrán conmigo; y este, añadió señalando uno de mas edad, se quedará aquí para atender á su señor. ¿No es esto?

Condujeron entonces al enfermo á la alcoba, colocáronle cómodamente en la cama de Inés, que la misma muchacha cubrió con la mejor colcha que se conservaba archivada en un antiguo cofre, y luego se marcharon, dejándole encomendado al cuidado de Jorge, su mas fiel criado, y á Inés, á la que encargaron nada faltase para su asistencia, pues el herido llevaba en su maleta bastante porción de dinero, del que la hicieron en el mismo instante depositaria. Apenas se encontró sola con Jorge, antiguo soldado, tan honrado como valiente, empezó Inés á pensar en aquella aventura, que no dejaba de tener para ella interés siquiera por la novedad.

Pareciale por otra parte tan lisonjero el cargo que se le habia encomendado, que olvidándose de sus propias penas, iba, venia, daba disposiciones para cuidar al enfermo por la noche, de manera que nada le faltase; y la fiel y antigua criada, que apegada toda la vida á la casa como la ostra á la peña, no habia querido abandonarlas, se vió en aquella noche trasportada á los buenos tiempos en que tanto se esmeraba en preparar la cena para los numerosos amigos de sus amos.

Aunque juiciosa para sus pocos años, tambien participaba Inés de la frivolidad de que casi siempre adolecen las mujeres jóvenes y bonitas, y hallábase tan satisfecha con su improvisada tarea de ama de casa, que no se fijó un momento en que Jorge era un hombre desconocido, y que iba á vivir con ella, joven, hermosa y sin mas escudo que una criada semi-imbécil de puro vieja, y una madre muda y paralítica.

En cuanto á esta, que nada perdía de vista, y que en cambio de su falta de voz, poseía una percepcion exquisita, estaba tranquila, porque era ella la que habia indicado á Jorge como un hombre de bien, y estaba segura de que no se habia engañado.

El carácter de Jorge era sin duda alguna el mas á propósito para captarse la voluntad de Inés, prendada de aquella ruda franqueza, iba perdiendo el miedo, hasta el punto de que entretenida con las exajeradas narraciones del antiguo soldado, casi se habia olvidado del enfermo, al que no se habia atrevido aun á mirar de cerca.

Un quejido que salió de la alcoba interrumpió aquel sencillo cuanto alegre coloquio; Jorge corrió hacia la cama de su señor, y sonrojándose Inés de no haberse acercado todavía á su cabecera, se atrevió á asomarse por detrás de Jorge, encarnada como una cereza, silenciosa como una aparicion celeste, y saludando al enfermo con una sonrisa encantadora.

El joven entreabrió los ojos, miró en derredor, como si quisiese recordar alguna cosa, y fijando en Inés una mirada, en la que se reflejaba su dulce sorpresa, volvió á cerrarlos, haciendo seña á Jorge para que se acercase; y murmurando con voz apenas perceptible:

—Qué hermosa es!

Inés al verle con los ojos cerrados, se atrevió á inclinarse sobre el lecho, examinando con interés las hermosas facciones del caballero, que murmuraba dulcemente como un niño dormido:

—Dónde está?

La joven ruborizada corrió á esconderse detrás de la grosera cortina que envolvía por la noche á manera de biombo la cama de la paralítica, recostándose á los pies de su madre para descansar algunos momentos.

Jorge no se atrevió á interrumpir el sueño de su amo, cuya respiración espía con el cariño de una madre que vela á su hijo, y pasó la noche haciendo centinela á la cabecera de la cama.

Inés no podía conciliar el sueño, y á pesar suyo escuchaba atenta al menor rumor que salía de la alcoba.

Pensaba en Teresa, en la lucha que iba á emprender para arrancarla de París, y siempre venía á mezclarse con sus pensamientos y sus deseos, la idea del herido, con sus nobles facciones, con sus dulces palabras, que resonaban como una música celeste en sus castos oídos, despertando una inquietud desconocida en su tranquilo corazón.

IV.

SUSPIROS.

Como entra amor en el alma
En verdad que no se sabe,
Pero ello es, que él tiene llave
Para abrir el corazón;
Y una palabra, un suspiro
Dicho ó exhalado apenas,
Son á veces las cadenas
Con que ata nuestra razón.

Apenas la aurora empezó á iluminar con su luz blanquecina el horizonte, saltó Inés de la cama con el mayor sigilo para no turbar el sueño de su madre, y dirigiéndose á la alcoba, tocó ligeramente el hombro de Jorge, que se había apoyado un momento contra la pared, y que volvió al instante la cabeza, cansado y soñoliento como el que mas.

—Jorge, le dijo Inés en voz apenas perceptible, id á descansar algunas horas mientras yo me quedo al lado del señorito: allá en la cocina tenéis un jergon con manta y ropa limpia; dormid sin cuidado que yo velo.

Jorge, rendido de sueño, se encaminó sin replicar hacia la cocina, pero apenas había dado algunos pasos volvió á entrar en la sala.

—Diablo! se me olvidaba, dijo acercándose á Inés con familiaridad, se me olvidaba decirte que el amo no se ha despertado en toda la noche de esa especie de sueño, y que si despierta, es preciso que beba de esa taza... ¿Entiendes, chica?

Por la primera vez de su vida Inés se ruborizó al oírse tratar con tanta llaneza por un criado; con esa intuición de los corazones apasionados adivinó que el enfermo escuchaba aquella con-

versación, y solo respondió á Jorge con una inclinación de cabeza.

En efecto, apenas Jorge había salido de la sala, el enfermo entreabrió los labios, y mirándola fijamente le hizo señas para que se acercase.

—Escucha, le dijo con voz débil, ¿por qué te tutea Jorge?

—Señor, balbuceó Inés, poniéndose encarnada como la grana, porque.... porque soy pobre.

—Cómo te llamas?

—Inés.

—Pues ven, Inés, cuéntame tu vida....

—Yo, señor! no tengo vida, respondió con una vivacidad encantadora.... es decir, vida de historia.... vida....

—Te comprendo.... tu vida será como tu rostro, la vida de la flor de los campos, saludada solo por el rocío del cielo y la luz del sol.... Pues bien, yo quiero saber cómo han corrido tus hermosos días, quién eres, de dónde vienes, adónde vas... cuáles son tus esperanzas?

Inés no sabía lo que le pasaba, estaba agitada sin saber por qué, y no se atrevía á levantar los ojos hasta el enfermo, de miedo de despertar un remordimiento en su conciencia. ¡Era tan dulce su voz, tan rasgados sus ojos, tan melancólica su sonrisa!

¿Había Inés amado alguna vez? Difícil era en verdad, aun para ella misma responder á esta pregunta. Había amado á Francisco con ese amor rústico tal como él le comprendía, con ese amor que lleva envuelta la idea de ser el apoyo de sus padres, y heredar el caserío que se ha de transmitir á los hijos, con ese amor material de los labriegos, que casi nunca enciende una chispa de entusiasmo, ni hace verter una lágrima de desesperación.

Pero Inés, buena y sensible, había consagrado á ese amor toda su dicha, y tal como era, le aceptara de corazón, cifrando en él toda su felicidad y sus esperanzas.

Roto aquel lazo por la muerte, nunca se le había ocurrido que quedaba libre para aspirar á otro destino mejor, y solo cuando oyó las palabras del herido, brotó en su imaginación la idea de otro amor, mas tierno, mas espiritual, mas en armonía con sus delicados sentimientos, y sintió que su corazón palpitaba con nueva fuerza como si quisiera salirse del pecho.

La humildad vino á destruir con una verdad amarga su ilusión naciente, é Inés se sintió avergonzada como un ladrón cogido en fragante delito.

¿Quién era ella, miserable aldeana, para alzar los ojos hasta un noble, joven, hermoso, y rico á la vez?

Se sonrojó, suspiró, y cuando el herido con esa tenacidad peculiar á los enfermos, repetía una y otra vez:

—Tu vida quiero saber, tu vida....

Inés respondió bajando los ojos.

—Mi vida! ya os he dicho, señor, que no tengo vida.... soy pobre.... huérfana.... no he salido

nunca de Argandenes.... esperanzas.... no las hay para mí.

Y asomaron á sus ojos algunas lágrimas que en vano trató de reprimir.

—Huérfanal repitió el enfermo con alegría.... ¿Luego estás sola? luego eres libre? y dices que no hay esperanzas para tí!

—No, no, señor; soy huérfana, es verdad; pero no estoy sola, ni soy libre... allí, detrás de aquellas cortinas, duerme mi madre, que se ha quedado muda y paralítica hace algunos meses.

—Pobre mujer! dijo el enfermo con dulzura, ¿y por qué no habeis puesto los medios para devolverle la salud, que es la vida?

Inés se puso mas encendida, porque el encarnado mas subido es el de la vergüenza.

—Ah! ya comprendo.... careceis de medios.... pero Dios proveerá.... No es verdad, Inés, que serias muy feliz si pudieses devolver á tu madre la salud?

—Oh! exclamó Inés juntando las manos con exaltacion.

Sus labios no pudieron expresar todo lo que sentia en aquel momento, y de sus ojos brotaban lágrimas de alegría, que se mezclaron con las que acababa de hacer brotar el dolor.

El enfermo cogió entre sus manos una de las de Inés y estampó en ella sus labios abrasados, cayendo de nuevo en aquella fatiga, que Jorge llamaba sueño, y era hija tan solo de su debilidad.

Habia en aquel movimiento tal espresion de ternura y de respeto á la vez, que la conciencia de la casta Inés no se rebeló contra él, como si presintiese que aquel corazon habia de ser algun dia el arrimo del suyo.

Ruborizóse si, y miró á todos lados con ansiedad: la cortina de la paralítica seguia cerrada, y al través de ella percibíase el ruido igual y pausado de una respiracion tranquila.

Inés se levantó suavemente, se acercó á la cama, observó al enfermo, que al parecer dormia, y tomando su libro de oraciones se sentó de nuevo, no ya dentro de la alcoba, sino fuera de la puerta, por temor de turbar un sueño, que á su entender seria para el débil y hermoso herido un sueño reparador.

Púsose Inés á leer por la centésima vez en el libro santo, pero su pensamiento volaba de flor en flor, de idea en idea, sin poder fijarse en aquellos poéticos versículos.

Su distraccion tenia un carácter particular que apenas podia comprender, porque ora vagase su imaginacion por los recuerdos de su feliz infancia, ora por las angustias é incertidumbres de su vida presente, ora en fin, buscase un refugio en el recuerdo de Teresa (recurso inagotable para ella), sus ideas se cruzaban, se chocaban, y venian por fin á estrellarse en el estrecho círculo de la sala y la alcoba, círculo estrecho, olvidado, casi aborrecido en los amargos dias que iban pasando, y que ahora atraia y encadenaba su pensamiento como la luz atrae á la mariposa, como el planeta arras-

tra al satélite que gira en torno suyo sin cesar

Despues de leer, como hemos dicho, una y cien veces la misma cosa sin poder comprenderla, el amor propio de Inés se resintió, subió á sus mejillas el rubor de la vergüenza, y murmuró levantándose con resolucion:

—Oh! yo podré mas que mi atrevido pensamiento!

Dejó el libro sobre la mesita, y sin volver la vista hácia la alcoba, se encaminó al lecho de su madre, la llamó, habló con ella de mil frivolidades, y salió en seguida á la puerta para ver si volvia ya una vecina que habia enviado á la villa al amanecer en busca de provisiones y medicinas, sin tener en cuenta que debia tardar en volver cerca de una hora.

Pero toda aquella oficiosidad, todo aquel afan por distraer el ánimo, solo habia conseguido armar en su cabeza un tumulto de ideas que la mareaban y la fatigaban, de manera que no sabiendo qué hacer para disipar su aturdimiento, se encaminó hácia la cocina con intencion de despertar á Jorge y hablar con él de cualesquier cosa... de su amo, por ejemplo.

La llegada del cirujano la hizo retroceder para ir á tomar órdenes á la cabecera del paciente.

El cirujano examinó las heridas, que despues de tanto alboroto, se reducian á unos cuantos arañazos y algunas contusiones, tomó gravemente el pulso al enfermo, y despues de haberle felicitado groseramente por tener á su lado tan linda enfermera:

—Vamos, vamos, que pronto volará el pájaro, dijo volviéndose hácia Inés con el tono doctoral de un primer médico de cámara.

El rostro de Inés palideció, en tanto que las mejillas del enfermo se cubrieron de un vivo encarnado.

—Ola! prosiguió el sangredo con familiaridad; parece que no le ha gustado mucho el pronóstico al señor don.... ¿cómo es su gracia?

—Eduardo de Santibañez, respondió el enfermo, sin ofenderse por la ruda franqueza del cirujano.

—Pues no digo nada de Inés, que parece que se ha quedado como la mujer de Lot!

Y tomando un aire, que de puro jovial rayaba en ridículo, se puso á cantar la antigua coplilla de

«Parasismos le dan á la niña,
Pálida está!
Pálida está!»

Rematando la tonadilla con una ruidosa y alegre carcajada.

A pesar de la diversa situacion en que debia encontrarse el ánimo de los que le escuchaban, todos repitieron, aunque en diversos tonos, la carcajada del cirujano, cuya figura escuálida marcando el compás con piés y manos, hubiera hecho reir á un anacoreta.

La paralítica hizo una contraccion horrible, que ella llamaba risa, el enfermo rió alegremente, aun-

que estremeciéndose por los dolores que la risa hacia brotar de sus contusiones, y la sencilla Inés, no solo se rió de buena fé, sino que celebró repetidas veces la gracia del buen cirujano, que podía muy bien caer fácilmente en el ridículo, pero la quería entrañablemente, y era á todas luces un verdadero amigo.

El buen hombre se fué muy satisfecho, prometiendo volver con frecuencia para distraer al enfermo.

—Inés, dijo Eduardo con dulzura apenas hubo desaparecido el cirujano; dáme tu mano para que pueda incorporarme un poco sobre las almohadas.

Inés fascinada por aquella mirada de águila, le tendió la mano y le ayudó cariñosamente á incorporarse.

El enfermo lo habia dicho en alta voz, sin ocultarse de la paralítica: Inés pensó entonces:

«La verdad busca siempre la luz, el engaño solo vive en las tinieblas.»

—Por qué tiemblas, Inés? le preguntó Eduardo, estrechando dulcemente contra su corazón la mano en que se apoyaba. Tú que has vivido siempre en el campo, y que á falta de otros libros has tenido siempre abierto ante tus ojos el gran libro de la naturaleza... habrás visto tambien temblar la paloma cuando se acerca el gavilán; pero ¿no has escuchado el amante arrullo de las tórtolas en la enramada?

Inés no contestó: en medio de aquellas frases que conmovian su alma, iba envuelta una ofensa de amor propio, ofensa que no perdona nunca la mujer, aunque por ella hubiese de renunciar al amor mismo.

Eduardo suponía que hablaba con una labriega que no sabia leer, y ¿cómo era posible que mirase con cariño á una mujer tan ignorante?

Encontróse entonces avergonzada y confusa delante de Eduardo, como si hubiese cometido un crimen. Ella que habia escuchado con placer tantas dulces palabras, ¿dónde iria ahora á ocultar su credulidad y su coquetería, que no se encontrase frente á frente con aquella horrible frase pronunciada por el enfermo?

Cada vez que aquella palabra se repetía en su pensamiento, una nube de fuego coloreaba su rostro, quemándola con su encendido reflejo, y sin que fuese dueña de contenerse por mas tiempo, separó dulcemente su mano de la del herido, le colocó de nuevo sobre las almohadas, y corrió á ocultarse en el cuarto de Isabel, donde se echó á llorar como una niña.

—Inés! gritó Eduardo con toda su fuerza, no sabiendo á qué atribuir aquella repentina desaparición.

A la voz de su amo, Jorge se levantó y corrió hacia la alcoba buscando con la vista á la enfermera, pero solo encontró al enfermo en tal estado de agitación que le puso en cuidado, temiendo le sobreviniese una recaída.

—Señor, mi querido señor, le preguntó con leal inquietud, ¿qué teneis?

—Nada, respondió Eduardo entre alegre y mohino; Inés ha desaparecido ahora.... de repente.... y.... la llamaba.

—Bravo! bravo! gritó Jorge arrojando al aire su vetusto sombrero.... habeis recobrado la vida, y con ella las antiguas costumbres.... á fé que la Inesilla es toda una arrogante moza, y sois muy buen cazador para que se os escape la presa.... Señor.... bien dice el refrán: *que genio y figura*, etc., etc.

Y en efecto, su amo era el corazón mas enamorado del mundo.

Pero contra lo que Jorge esperaba, en lugar de aplaudirle sus chanzonetas, como de costumbre Eduardo de Santibañez no puso la atención siquiera en la festiva reflexión de su criado favorito, y guardó silencio, cayendo en una profunda meditación.

Jorge se encogió de hombros, y se arrimó hacia la puerta, echando requiebros á todas las mozas que cruzaban por la calle.

En cuanto á la paralítica, habia vuelto á quedarse dormida, y roncaba tranquilamente bajo sus cortinas de grosera indiana carmesí.

V.

DONDE MENOS SE PIENSA.

«Non créo las rosas
de la primavera
sean tan hermosas.»

(Romancero.)

Largo rato pasó Inés llorando el cruel engaño que habia venido á destruir en su corazón aquel bienestar que experimentaba pensando en Eduardo, pues la herida que le causara una sola palabra, era cada vez mas profunda. Desesperanzada, porque como hemos dicho, no podia persuadirse de que pudiese aquel hermoso joven amar á una mujer completamente ignorante, forjaba en su alterado cerebro mil planes á cual mas descabellados de pueriles venganzas, que se disipaban con la misma rapidez que los concebía, y que no daban otro resultado que avivar mas y mas el recuerdo del que se esforzaba en olvidar, y que á despecho suyo renacía cada vez mas hermoso.

Al fin pensó que era una debilidad retirarse vencida sin haber luchado, y se resolvió á volver noblemente á ocupar su puesto á la cabecera del enfermo, ocultando su cándido amor y su despecho hasta donde le fuese posible.

Halló Inés á Eduardo solo, pero las cortinas de la paralítica un poco abiertas, dejaban asomar aquel rostro enjuto, pálido y risueño, que en medio de sus guiños y contorsiones, dirigía al enfermo miradas benevolentes y llenas de expresión.

—¿Cómo os encontrais, señor? preguntó Inés maquinalmente, fijando en el suelo una mirada distraída.

Eduardo la miró con atención, y haciéndole seña de que se sentase en el sitio que antes ocu-

paba, le dijo alargando su mano fuera de la cama.

—Ven, Inés, yo quiero leer en tu corazón como en un libro abierto, y tú me ocultas alguna cosa... ¿por qué has huido?

—Señor.... yo.... nada... iba...

—Levanta los ojos y mírame frente á frente; tú no sabes mentir.... habla.... allí (añadió señalando á la parálitica) está tu madre, mudo testigo de la buena fé de mis palabras.... ¿no es verdad?

Y dirigió una mirada á la pobre anciana, que le respondió con el gesto que traducían sonrisa.

La simpática voz del enfermo abría el corazón de Inés á una esperanza consoladora, á una esperanza que iba mas allá de lo que ella se había imaginado, pero su cerebro, trastornado con la herida del amor propio, le presentaba en cada frase una ofensa, haciendo caer aquellas esperanzas en el abismo de la desesperación y el desencanto.

Aquel momento en que Eduardo se dirigió á su madre bastó para hacerla recobrar el ánimo pronto á desfallecer, y entonces entabló con los dos una de esas conversaciones vacías de sentido, en la que al través de su aparente frivolidad, asomaba un desaliento que no se escapaba á la penetración del enfermo.

Aquel esfuerzo de la pobre Inés duró muy poco: levantando los ojos hacia Eduardo, sorprendió una mirada tan ardiente, tan apasionada, que no queriendo abandonarse de nuevo á sus peligrosas esperanzas hubo de recurrir al temor y se dijo á sí misma:

—¿Si habrá pensado en hacer de mí una de sus queridas?

Aquella idea, que no se le había ocurrido hasta entonces, la hizo enderezarse con dignidad, y Eduardo vió entonces frente á frente aquellos dulces ojos fijos en él con una expresión fría y serena, que le hizo perder el color, y le anudó la voz en la garganta.

Tal vez no hubiera podido Inés sostener por mas tiempo su atrevida serenidad, si la voz de Isabel, que la llamaba, no hubiera venido á sacarla de aquel compromiso.

Salió apresuradamente de la sala, corrió al encuentro de Isabel, que la aguardaba con la vecina que volvía de la villa, y después de encargar á Jorge que se volviese al lado de su señor, empezó á examinar uno á uno los encargos que le enviaba su madrina, y que venían cuidadosamente colocados en una canastilla de mimbrés.

Los ojos de Inés resplandecieron como dos estrellas, y apareció de nuevo la sonrisa en sus labios azulados.

Acababa de percibir entre un ramillete de violetas tempranas una carta de Teresa. La violeta era su flor favorita, y su buena madrina había tomado aquella carta por una señal evidente de nuevos amores que bendecía con toda el alma, porque adoraba ciegamente á Inés, y todo su afán era arrancarla de la oscuridad de la aldea.

Por eso su madrina era la que menos lágrima

había vertido por el pobre Francisco, la que mas se lamentaba al ver los estragos que el dolor hacía en su hermosa é inocente ahijada, la que comprendía toda la delicadeza de sus nobles sentimientos, y la que rodeaba sus cartas de su perfume favorito: la parálitica la amaba, la adoraba, pero nunca se le hubiera ocurrido una cosa semejante.

Inés salió apresuradamente al campo, y ocultándose en uno de los jardinillos cubiertos de maleza, se sentó en un banco de piedra ornado en mejores días de jazmines y madreselvas, y se puso á leer la carta de Teresa, mezclándose á la agitación que le causaban siempre las cartas de su amiga, el recuerdo grato y melancólico á la vez de Eduardo de Santibañez.

París 25 de Febrero de 1811.

«Querida mía: Solo el deber de cumplirte mi palabra puede obligarme hoy á tomar la pluma, porque ¿sabes tú, pobre Inés, toda la fatiga y el malestar que se experimenta dos días después de un sarao tan magnífico como el de la princesa Medora, que es la reina de la Moda en París?

«Difícilmente podré yo tampoco darte una idea de aquella gran fiesta, que dejará en mi corazón un recuerdo eterno; de aquella hermosa noche en que logré alcanzar el mayor de mis triunfos, viendo humilladas á mis ojos las damas de la antigua nobleza, y las decantadas bellezas de la corte imperial.

«El palacio de la princesa Medora era un albergue encantado; desde el pie de la escalinata de mármol, arrancaban dos filas de jarrones de porcelana del Japon con graciosos arbustos en flor, maravillas debidas al invernadero, y que nos transportaban á los mas bellos días de primavera. Por todas partes tapices de Aubusson, chimeneas esculpidas, obras maestras de la escuela flamenca, y siempre la elegancia, siempre ese buen gusto, siempre nuevas preciosidades que admirar.

«El aspecto del salón era magnífico. La princesa había reunido en torno suyo cuanto París encierra de noble y deslumbrador.

«Entré en aquel templo del buen gusto apoyada en el brazo del general, que loco de amor, no había escaseado medio alguno para que mi traje fuese tan rico y elegante como sencillo. Mi vestido, de raso blanco, tenía por único adorno guirnalda de rosas de Gueldres, en cuyo centro brillaba un purísimo diamante de Golconda. Mi cabeza se trastorna cuando recuerdo la sensación que mi presencia hizo en el ánimo de la princesa... palideció, miró á todas partes, y vino á besarme en la frente con la sonrisa en los labios, pero sus ojos vomitaban llamas. Desde aquel momento, mi triunfo fué completo; una nube de sonrisas, de ramilletes, de homenajes me envolvía por todas partes, hasta el punto de hacerme creer que yo era algun ser sobrenatural, la hada misteriosa, reina de aquella fiesta encantada, y en aquel momento en que vi humilladas ante la flor de la

montaña (como aquí me llaman) las mas renombradas y orgullosas bellezas, lamenté con toda mi alma que mi pobre hermano no pudiese abandonar su lecho de mármol para venir á presenciar mi triunfo. Oh! Inés. Tú no sabes lo que es triunfar así públicamente de las que escudadas con su título se creían mas fuertes que yo! Hubiera dado la mitad de mi vida por esta hermosa noche.

»Pero escucha.... mi corazon no tiene secretos para tí.... en torno de la princesa Borghese, revoloteaba un principe polaco, la figura mas gallarda y mas aristocrática del mundo. El principe saludó al general, dió distraidamente algunas vueltas por el salon, y sin mirar á la hermosa María Paulina, vino á ofrecerme su mano para el baile. Inés!.... ven, ven, mi corazon no puede contener sus latidos. Un principe! El amante de la hermana del Emperador! gran Dios! qué felicidad la mia! pobre general! estaba pálido como la muerte! Bah! ¿qué mujer rehusa el homenaje de un Principe?

»El tiempo vuela, ven, Inés, ven; el general me pregunta sin cesar: ¿Cuándo veremos llegar á la hermosa misionera? Ven pronto á los brazos de la feliz

Teresa.»

El ruido de una persona que se acercaba obligó á Inés á esconder su carta entre los pliegues de su blanco pañuelo de muselina, y se levantó á encontrar á Jorge, que venia corriendo en su busca de parte del enfermo.

Ahora, pensaba Inés gozándose en su inocente triunfo, ahora leeré y escribiré delante de él, y entonces veremos si soy una ignorante como las....

—Qué es soberbia? le gritó súbitamente su conciencia.... «Un apetito desordenado de ser preferido á otros.»

Y ante aquella voz interior, que venia de Dios, humillóse Inés hasta el polvo, proponiéndose no emplear jamás medio alguno, por inocente que fuese, para captarse la voluntad del enfermo.

Por muy costosa que le pareciese aquella resolución, se abrazó á ella con fé, y entró en la sala esforzándose en responder con serenidad á las significativas preguntas que le dirigia á todas horas Eduardo de Santibañez.

Por mucho que se defendiese contra sí misma, permaneció enclavada al pié del lecho del enfermo hasta la hora de comer; era tan insinuante su voz, tan hermosos sus ojos, que la pobre muchacha sostenia una viva lucha consigo misma, y sin embargo el vivo encarnado que á cada frase coloreaba sus mejillas, hacia con frecuencia sonreír á Eduardo, que era demasiado diestro en materia de amores, para que se le escapase la circunstancia mas insignificante.

Al fin llegó la hora de la siesta; la paralítica y el enfermo dormían un sueño, al parecer tranquilo, é Inés empezó á respirar con libertad, pues Jorge aprovechándose de aquella hora de calma

se habia encaminado á la casa del cura á revisar los caballos, y dar algunas órdenes á sus jóvenes compañeros.

Una vez sola, arrimó una silla á la mesita que estaba fuera de la alcoba, abrió con mucho sigilo su baulito, cubierto de becerro, sacó de él un tintero de cristal y un paquete de papel cortado, regalo del malogrado hermano de Teresa, y colocándolo todo sobre la mesita, se sentó y leyó á media voz las dos últimas cartas de Teresa, con el aceleramiento del que oculta largo tiempo un secreto y teme á cada instante verse sorprendido.

Parecia que la voz de Inés tenia el mágico poder de hacerse oír aun á través del encantado velo que envolvía los sueños del gallardo huésped, y ora fuese que dormido como despierto solo pensaba en ella, ora que en la calma que reinaba, se percibiese al mas ligero murmullo, Eduardo creyó escuchar el eco imperceptible de aquella voz querida, y abrió los ojos alargando cuanto pudo la cabeza para oír mejor.

En el silencio que reinaba en la habitacion conoció que Inés estaba sola, y sin duda rezaba, porque el murmullo era monotonó y perceptible apenas. Colocada la mesa fuera de la alcoba, érale imposible verla; pero lo poco que se alcanzaba de su ropa hacia adivinar que estaba sentada.

—Oh! no! no reza, pensó Eduardo, estoy seguro de que solo reza de rodillas; á mas, el Crucifijo está allí junto á la cama de su madre... luego... habla sola... escuchemos.

El ruido que hizo Inés al dejar las cartas sobre la mesa, vino á iluminar rápidamente la imaginación de Santibañez, que ahogó el grito de alegría que iba ya á escaparse de sus labios.

—Lee! lee! pensaba embriagado de gozo, como si acabase de descubrir un rico tesoro.... era el ruido de un papel.... lee una carta.... pero, oh! qué idea!.... una carta, tal vez de un amante á quien ha dado ya su corazon.

Eduardo palideció de nuevo, comprimó el ruido de su fatigosa respiración, y se apoyó sobre las almohadas para escuchar, porque aunque le costase la vida queria oírlo todo.

Después de algunos momentos de silencio, Eduardo percibió un ruido sordo y continuo, como el de un raton que roe un pergamino, y su corazon empezó á latir con tal violencia como si quisiera salirse del pecho.... Oh! no habia duda; Inés callaba.... aquel ruido era de la pluma que corria ligeramente sobre el papel. Escribia.... ella tan hermosa escribia, y escribia contestando sin duda á la carta que acababa de leer. Oh rabia!

Eduardo no pudo soportar en silencio las diferentes emociones que le agitaban: pálido, fuera de sí, perdidamente celoso sin saber de quién, locamente enamorado de la hermosa aldeana, que leía y escribia como la señorita mas inteligente, exclamó con un acento lleno de amargura:

—Inés! ven.

Inés asustada, ocultó rápidamente sus cartas en el cajon de la mesita, y corrió al instante há-

cia la alcoba; el enfermo se hallaba en un estado de exaltación que casi le hacía temible.

—¿Qué hacías? le preguntó devorándola con sus hermosos ojos.

—Yo?

—Sí, tú, tú; que haces esa pregunta mientras meditas una respuesta. ¿Qué hacías ahora?

—Señor.... no puedo decírselo....

—Y por qué? preguntó Eduardo temblando como un tercianario.

—Porque es un secreto, señor.

—Pues bien, es preciso que yo lo sepa.... seremos dos á guardar ese secreto.

—Imposible, señor.... ese secreto pertenece á otra persona.

—Ah!!! exclamó Eduardo cubriéndose el rostro con ambas manos.

—Oh! silencio por Dios! dijo Inés con voz suplicante, inclinándose sobre el rostro de Santibañez, hasta abrasarle con su aliento. Silencio, porque mi madre misma ignora ese secreto... no me obliqueis á decirle una mentira, que sería la primera de mi vida.

Eduardo llevó la mano de Inés á su frente abrasada, como para hacerle ver lo que sentía, luego mirándola cara á cara:

—Amas? le preguntó con terrible ansiedad.... Inés calló.

—Oh! júrame que no amas á nadie!

Inés meneó tristemente la cabeza; érale imposible jurar en falso, é imposible también decir la verdad: sus ojos bajos, la agitación que se notaba en sus facciones no dejaban lugar á la duda.

—Entonces, dijo Eduardo reclinándose tristemente en su lecho, soy un desgraciado, un....

Inés se ahogaba: el semblante pálido y descompuesto de Santibañez respiraba una dulce melancolía que le hacía parecer mas hermoso, y cediendo á un sentimiento de amor y compasión á la vez, estrechó la mano que Eduardo había dejado caer con abandono, y derramó sobre ella dos lágrimas de fuego, que cayeron gota á gota sobre aquellos dos corazones apasionados.

Inés salió en seguida de la sala, recorrió todos los rincones de la casa, como huyendo de sí misma, y al ver á Jorge que volvía se ocultó en el jardinillo, echándose á llorar amargamente, y murmurando con dolor:

—Oh, Dios mío! ¿por qué no soy rica, ó él pobre?

—Jorge, acércate! dijo Eduardo con una voz tan alterada que hizo retroceder á su fiel criado.

—Acércate.... mi juicio se trastorna.

—Ah! señor.... respondió Jorge acercándose; eso ya es otra cosa.... será el mismo capítulo del amanecer.... me habeis asustado.

—Silencio, imbécil! no se trata ahora de broma, se trata de una cosa muy seria.... abre el tirador de esa mesa, y dame los papeles que halles en él.

—Pero, señor!.... replicó Jorge indeciso al ver las cortinas de la parálitica un poco entreabiertas.

—Yo lo mando! gritó Eduardo en el último grado de cólera.

Jorge obedeció, no sin echar antes una mirada hacia las cortinas entreabiertas, y entregó á su amo las tres cartas.

(Se continuará.)

ROBUSTIANA ARMIÑO DE CUESTA.

QUINTILLAS.

Sobre una piedra labrada
y cabe una cruz de hinojos,
llora una bella enlutada,
de negros paños velada,
negro pelo y negros ojos.

Y está tan bella rezando,
que yo que la estoy mirando
al ver las gracias que aduna,
ruego á su mala fortuna
la deje siempre llorando.

Una perla transparente
surcando va su mejilla,
y al rodar por el ambiente
la sorbe rápidamente
el crespon de su mantilla.

Bella es la niña enlutada
que llora negros enojos,
bella es la piedra labrada;
pero mas bellos que nada
sus negros y tristes ojos.

—Por qué, di, llorando estás?
dónde de esa suerte vas?
tan bella y tienes dolor?
Lloras tu primer amor
que no ha de volver jamás?

Ah! no con llanto pueril
en tu delirio febril
llores la memoria suya.
Por cada lágrima tuya
brotaron amores mil.

Lloras en tu triste historia
de una madre la memoria
que en tí su gloria veía
y hoy su bendición te envía
desde el dintel de la gloria?

No llores, niña enlutada,
que en tí fija su mirada
aun mas allá de la muerte:



pues ella guiará tu suerte
desde el mundo de la nada.

Al llanto tal vez te obliga,
que el tiempo en ti no mitiga,
la memoria lisongera
de tu eterna compañera,
de una hermana ó de una amiga?

Por quién perdiste el placer?
A quién lloras, sin querer?
Que ya al mirarte me aflijo.
—Perdí un hijo, lloro un hijo.
—Llora sin tregua mujer.

Y cabe la cruz labrada
sigue la bella enlutada
llorando y puesta de hinojos,
de negros paños velada,
negra suerte y negros ojos.

LUIS MARIANO DE LARRA.

EL QUE PIENSA MAL, ACIERTA.

DOLORA.

I.

No pienses, si piensas, Rosa
que anoche tu amor creí.
Por nuestro bien, niña hermosa,
pasó el ciego frenesi.

¡Ay de mí!
y cuán triste decepcion
ha sufrido el corazón!
Mas no olvidaré, Rosita,
¡ay jamás!
aquel adagio que cita....
piensa mal y acertarás.

II.

En un tiempo mi cariño,
Rosa, fué tu diversion.
Ay! era el amor de un niño
con su primera ilusion!

Mi pasión
fué para ti flor de un día,
hiciste bien, alma mía.
Te burlaste sin clemencia
de mi fe:
en mi cándida inocencia
pensé bien.... y no acerté.

III.

¡Quién dijera, Rosa mía,
que tu tierno juramento

fuese el capricho de un día
y la ilusion de un momento.
¡Cuánto siento
que en tu amor, Rosita cara,
tan solo espinas hallara!
Mas ahora tengo por cosa
fija y cierta,
que en el amor de una hermosa
el que piensa mal, acierta.

IV.

Ahora Rosa, con dolor
de decir verdad me eximo,
y á un alma, virgen de amor,
la hiel de mi amor esprimo.
Yo comprimo
del corazón los latidos,
desencanto mis sentidos
y en la mundanal contienda
divagando,
cruzo del amor la senda
pensando mal y acertando.

IGNACIO VIRTO.

EL LEPROSO.

NOVELA ORIGINAL

POR

DOÑA ELOISA GATTEBLEDE DE SANTA COLOMA.

I.

Escribo á orillas del sepulcro; el dolor y los pesares lo han abierto prematuramente. Todavía soy joven, y sin embargo mi cabello ha encanecido y mi frente se ha arrugado. Ay! soy viejo por tantos disgustos y desgracias como han combatido á la vez mi existencia. El infortunio trae consigo sus arrugas como asimismo la vejez...

¡Mas á qué despertar mi dolor adormecido? ¿A qué abrir llagas apenas cicatrizadas? ¿Qué necesidad tengo de escribir aquellas escenas de angustias y desesperacion? ¿No las tengo demasiado impresas en la mente?... No escribo para mí. ¿Para quién pues? ¡Acaso para nadie!... Sin embargo (es tan fácil hacernos ilusion sobre lo que deseamos) no sé qué esperanza se introduce á pesar mio en mi alma. Un día vendrán á visitar la choza del infeliz leproso; cuando ya no exista, leerán, aunque no sea mas que por curiosidad, la relacion de sus desgracias; y por fin tendrán lástima. Sí, conozco á los hombres: son malos solo por egoismo. Si me han aborrecido,

si me han perseguido ha sido por temor, mas bien que por antipatía: huían de mí asilo como se huye de un reptil venenoso. Mas cuando la tumba haya sepultado á la vez mi cuerpo y mi lepra, cuando ya nada tengan que temer de mí, entonces me tendrán compasion; se lastimarán de este infeliz! Lo espero, y esta idea me consuela. Ay! si toda mi vida he sido objeto de su horror, sea al menos despues de mi muerte, el de su lástima!

He sido desgraciado, muy desgraciado, lo soy aun. Soy del número de aquellos seres predeterminados que la desgracia señala con su dedo de hierro cuando nacen, y que nunca se cansa de perseguir. Los males que me asedian, no tienen el carácter de los otros males; mi dolor no ha sido de aquellos dolores que se borran y se olvidan; mis heridas, de aquellas que se cicatrizan; y mis padecimientos de aquellos de un momento que solo atacan á una parte. Mi cuerpo, mi espíritu, mi corazon, todo ha desaparecido, todo padece, todo padecerá hasta que la muerte... la muerte!... ay! desgraciado de aquel que solo en la muerte puede hallar consuelo!

A cualquier lado que vuelvo la vista, solo veo dolor, padecimiento, abandono. Todo me parece sombrío: lo pasado como lo presente, lo presente como el porvenir. En este océano de dolores que se llama vida, no hallo un solo punto en que pueda mi pensamiento descansar agradablemente; ni un recuerdo para distraerme, ni una esperanza para consolarme. No veo por todas partes mas que escollos y precipicios. Lo pasado es una roca fatal, erizada de agudas piedras; en la que solo desgarrándome puedo descansar; el porvenir es un torbellino, una sima, en la que temo sepultarme.

Y sin embargo; como tantos otros, me habia atrevido á esperar en la felicidad. Hubo un tiempo en el que me mecía en dulces esperanzas; me gustaba ir de sueño en sueño, de ilusion en ilusion: todos mis pensamientos se dirigian hácia una felicidad imaginaria, que desde lejos, así como una luz brillante fascinaba mis ojos encantados. Mas esos hermosos sueños solo han durado un momento; se han desvanecido lo mismo que un vapor ligero se desvanece con el primer soplo del aquilon; han huido con la rapidez del relámpago. Una horrible realidad los ha arrojado delante de sí. Cuando he despertado, no la esperaba, y por lo mismo me ha parecido mas espantosa.

He nacido entre los hombres; he vivido algun tiempo en medio de ellos. Hé ahí acaso los únicos momentos en que la desgracia haya parecido dejar de perseguirme. Bárbara! ¿no era mas que por un refinamiento de su crueldad! Quería darme vislumbra, como al través de una gasa ligera, la imagen seductora de la dicha, para despues burlarse de mí con mayor amargura. Acaso semejante al inhumano sacerdote de la gentilidad, ¿quería robustecer y hermohear su victima para que fuese despues mas digna del sacrificio?

Mas entonces, infeliz de mí! no sabia apreciar mi felicidad, la dicha de vivir con mis semejantes! No conocia cuan necesaria es al hombre la sociedad del hombre; cuan odiosa es la soledad. Aquí es, en la escuela de la desgracia, en donde he aprendido lo que tantos ignoran toda su vida. Oh fatalidad! ¿Es posible que yo haya sabido apreciar la felicidad solo cuando habia huido de mí para siempre?... Bien que esta es la suerte de la mayor parte de los hombres.

Niño entonces, era como los niños; distraído, ligero, aturdido, pensando en todo y no pensando en nada; entregado á ideas fútiles, á pensamientos de un instante, que se sucedian ó cruzaban rápidamente en mi imaginacion sin orden ninguno; tristes ó alegres, chistosos ó serios, segun la ocasion; pensando siempre en lo que habia visto ó llamado mi atencion; un hermoso caballo, un tren brillante; ocupado yo del placer de la víspera ó bien del que esperaba gozar; siempre del porvenir ó de lo pasado, jamás de lo presente. ¡Cuán insensato era! En vez de entregarme á sueños extravagantes, ¿por qué no pensaba en vivir? ¿Por qué no me daba prisa á gozar? ¡El tiempo de mi felicidad debia ser tan corto!...

Mi corazon, aunque ligero, no era insensible: habia en él un sitio para la amistad. En mí no era fria ni calculada; no, jamás lo fué. Cuando amaba era con enagenamiento, era con entusiasmo. Mas entre aquella turba de hombres frívolos, que se decian mis amigos, ¿habia muchos cuyos sentimientos correspondiesen á los míos? ¿En dónde están ahora esos amigos de un día, esos amigos de un momento?... Felices acaso en medio de sus placeres, han olvidado mi nombre y mi existencia. Semejantes á los cómicos, mientras he representado mi papel de hombre, ellos han desempeñado el de amigos, y cuando el teatro del mundo me ha sido cerrado para siempre, entonces, mudando de máscara como de escena, han llevado á otra parte su corazon y su amistad.

¡Qué horrorosa frialdad en su indiferencia cuando me vieron nauseabundo y desfigurado por la lepra! Confieso que estaba deforme y asqueroso, y que mirándome á un espejo, tuve horror de mí mismo. Mas ni un sentimiento compasivo en su corazon, ni una lágrima en sus ojos! ¡Los ingratos hubieran debido al menos tenerme lástima!... ¡Pero en aquel momento no veían en mí á su amigo, ni muchos á su bienhechor! ¡Ya no era para ellos mas que un ser odioso y fatal, un leproso!...

A lo menos, si se hubieran contentado con abandonarme, hubiera podido consolarme con su abandono. Si me hubiesen dejado consumir la existencia en mi patria, en la casa de mis padres, hubiera sobrellevado yo mi padecimiento con mas valor. Allí tenia todos los recuerdos de mi niñez, el lecho en que murió mi padre, el de mi madre; estos sin duda no son amigos, pero al menos tal estado no era la soledad. Hubieran

sido objetos de distraccion, medios de esparcir mi dolor, de calmar mi tormento.

Pero no; su seguridad exijia que entre ellos y yo toda comunicacion estuviese interrumpida...

Pues bien, ¿por qué no tapiaban las puertas? ¿Por qué no levantaban las paredes de mi jardín á la altura que hubiesen querido, con tal de que me dejaran la vista del cielo y del sol? ¿En ese sepulcro, qué podrian recelar de mí?

No era bastante. El aire que respiraba podia ser contagioso; importaba el alejarme. Invocaron las leyes; y las leyes, siempre justas, decretaron mi destierro. El bien público! hé aquí su invocacion constante. Mas ¿qué bien público es aquel al que se sacrifica la felicidad de cada hombre?

La soledad, la lepra, el horror del género humano, ¿no son bastantes males para un hombre? ¿Era necesario añadir el destierro, y un destierro eterno?...

Salí de mi pais natal. Al echar la última mirada sobre aquellas antiguas murallas, sentí comprimir mi corazón. Sin embargo, no lloré... allí no dejaba ningun amigo.

Mi hermana venia conmigo, tambien acometida de la lepra. Daba compasion verla tan joven, tan amable, tan bella, (pues el mal habia respetado su rostro), victima de aquella espantosa enfermedad; obligada á renunciar al mundo, á los placeres y á la felicidad, teniendo tantos motivos de esperarla; veíase arrancada de enmedio de los hombres cuando debia aspirar á su amor. Mi hermana! aun me parece verla; creo mirar su hermosa boca, su tez blanca, sus cabellos rubios como la mies que alfombra la campiña; sus grandes ojos azules, tan puros como el azul del hermoso cielo de mi patria. Sus ojos! eran el espejo de su alma, el espejo de todas las virtudes!... La vieron, y sin embargo ni un corazón se conmovió. La vieron, y se atrevieron á condenarla al destierro y á la miseria! Tan cierto es que el interés y el egoismo acallan todo sentimiento generoso, hasta el de la compasion.

Caminábamos en silencio. Mi hermana parecia estar triste y desanimada. Yo lo estaba tanto como ella, mas hacia por ocultarlo. Sin embargo, me costaba trabajo aparentar firmeza, pues mi cabeza estaba trastornada y mi corazón abatido. Quería consolarla, mas yo necesitado de consuelos mal podria prodigarlos; quería hablarla, pero ni sabia qué decirle, ni como expresarme. Ella fué quien se anticipó.

—Hermano mio, me preguntó con voz débil, ¿á dónde vamos?

Esta pregunta era natural y sencilla; pero yo estaba tan turbado, que ni aun la habia previsto y no pude contestarla. ¿Cómo decirle dónde íbamos?... Ay! ¿acaso lo sabia yo mismo?

Conoció mi turbacion, y sus temores se aumentaron. Calló, callé yo tambien. Ella fué quien de nuevo tomó la palabra.

—Habia, dijo, un hospital en Turin para los

enfermos: ¿habria uno en alguna parte para los leprosos?

—No, la contesté: la compasion de los hombres no se estiende hasta ese punto. ¿Un hospital para los leprosos!... ¿En dónde podria hallarse un hombre de bastante valor, ó mas bien bastante temerario para arrostrar el peligro de asistirles?

Estas palabras la desanimaron del todo. Ví sus ojos arrasarse poco á poco de lágrimas que corrieron sobre sus mejillas. La vista de aquellas lágrimas me partió el corazón.

—No llores, María, te lo suplico, la dije estrechándola entre mis brazos: no llores, me hacen daño tus lágrimas. Si todos los hombres te abandonan, aun te quedan Dios y mis brazos. Los ves? Estos brazos son jóvenes; no están enervados; no temen el trabajo; sabrán defenderte y mantenerte. En cuanto á nuestra morada, ¿qué importa su lugar? Siempre estaremos bien, con tal que sea lejos de los hombres...

Entonces así lo pensaba; mas con el tiempo he mudado de opinion.

Nuestro viaje fué largo, triste y penoso como el de infelices desterrados. Tuvimos que sufrir igualmente la fatiga y el hambre; pues los labradores de las montañas espantados á mi aspecto, huian como de un monstruo; y el poco pan que lograba de ellos lo recuperaba á fuerza de oro. Mas estos males no eran nada, nada en comparacion de los tormentos que aquí nos aguardaban.

Acaso extrañarán el que haya podido escoger este terrible sitio para mi mansion. A la verdad no era un paraje muy á propósito para atraer moradores. Un valle estrecho, desnudo, estéril, sin verdor y sin casa. La choza que habito, el jardín que la cerca, los árboles que la dan sombra, nada de esto existia entonces. Esta choza es obra de mis manos; este jardín yo lo he labrado, lo he regado muchas veces con mi sudor y mis lágrimas; estos árboles yo mismo los he plantado. Desde que arrastro en estos lugares mi miseria y mis padecimientos, han tenido tiempo de crecer, y muchos tambien de morir... Entonces todo estaba desierto, no habia mas que zarzas, rocas, torrentes ó precipicios. Mas la necesidad es imperiosa; cuando ella manda es preciso obedecer.

El poco dinero que traíamos tocaba á su fin: esos miserables montañeses nos lo arrancaban sin compasion. Era necesario pensar en vivir, y nada podíamos esperar de la conmiseracion de los hombres. Mi hermana estaba fatigada y doliente, podia apenas sostenerse, y temia yo si continuábamos nuestro viaje verla espirar de cansancio. Era preciso pues fijar nuestra residencia. Este lugar de desolacion no dejaba de tener atractivos para mí, estaba en armonia con el estado de mi alma. Y además, queriendo vivir lejos de los hombres, ¿podria escoger mejor sitio? Aquí al menos no vendrán á atormentarnos, me dije á mí mismo; y aquí nos establecimos.

Desde aquel tiempo no he dejado de padecer;

todos mis días han sido días de dolor y de amargura. Cuando tiendo mi vista hacia lo pasado, sobre aquella cadena no interrumpida de desgracias, de la que acaso no toco aun el último eslabón, entonces mi corazón se siente consternado y abatido; me siento agobiado bajo el peso de tanto infortunio. Y sin embargo, quiero describir aquí aquellos males cuyo recuerdo me hace estremecer. ¿Tendré bastante fuerza y valor para ello? ¿Lograré nunca pintar todo lo que he experimentado, todo lo que he padecido? Cosas son esas que se sienten, pero que no se pueden expresar; que mal puede la honda pena ni el dolor representarse con palabras. Era necesario que este papel insensible pudiese repetir mis dolorosos gemidos, mis agudos gritos... ni por mas que me esfuerce, ¿cómo han de comprenderme aquellos que me lean? Para apreciar mis desgracias era preciso haberlas sentido; era necesario haber sufrido lo que yo he sufrido, pasado como yo treinta años de infierno en este desierto salvaje, era necesario ser leproso. Sí; pues tan solo un leproso podría comprenderme!

Ay! ¿saben acaso lo que es soledad aquellos que pasan su vida en medio de los hombres y de los placeres? Ah! guárdense muy bien de dejarse seducir por aquella pintura encantadora que de ella hacen los poetas, por aquellas agradables mentiras que yo me complacía leer en mi niñez! No, no: la soledad absoluta no es una felicidad; lejos de esto, desgraciado de aquel que se vea condenado á ella! La confusión, la agitación, los cuidados del mundo son preferibles á ese vacío espantoso que deja la soledad. Estar siempre solo, padecer solo, devorar su dolor sin que nadie en el mundo participe de él, sin que nadie lo sepa, he ahí el destino de un solitario; he ahí el mío desde largo tiempo! He padecido y nadie me ha tenido lástima; he gemido y nadie me ha consolado; he derramado lágrimas amargas y nadie las ha enjugado. El viento solo las secaba algunas veces. El eco repetía algunos de mis lastimeros gritos, mas el viento no era mas que un soplo, y el eco no era mas que un sonido; ningún ser sensible se compadecía de mi dolor.

Ay! si al menos despues de un día entero de tormentos el sueño hubiese tenido lástima de mí; si el padecimiento hubiera podido rendirme hasta el punto de adormecerme de cansancio! Si hubiese podido dormir, no habría padecido enteramente. Pero no: todos los tormentos del día por terribles que fuesen, no eran nada en comparación de los que me aguardaban por la noche. No parecía sino que el padecimiento reservaba para aquellos instantes sus mas venenosos agujones. Mientras que en el mundo todo dormía, que cada uno olvidaba sus cuidados en un sueño tranquilo, ó hallaba la felicidad en sus ensueños, yo velaba aquí, y velaba para padecer. La lepra y el insomnio estaban en pie al lado de mi cama como dos fantasmas siniestros; estas dos furias infernales, armados con látigos y serpientes, golpeaban, desgarraban mi cuerpo sin com-

pasion y sin tregua. Y yo gritaba, daba alaridos como el infeliz que sufre la tortura, me revolcaba en mi lecho, y aquella agitación violenta, aquel rozamiento de mis llagas contra aquellas sábanas toscas, hacían mas agudos mis dolores. Entonces me hacía violencia por resistir al dolor y quedarme tranquilo, cerraba los ojos como para dormir, hacía esfuerzos para sufrir un momento en silencio; imposible! Esos padecimientos eran terribles!... Mis nervios irritados por el dolor se negaban á aquel estado de calma; mis movimientos se volvían convulsivos, mis tormentos mas atroces, mis gritos mas horribles y mas agudos. Este suplicio de condenado se prolongaba toda la noche con igual intensidad. Y aquellas noches pasaban, no rápidas como las que se pasan en medio de los placeres, sino lentamente, minuto por minuto, segundo por segundo, gota á gota, como un veneno que destilándose abrasa y devora.

¿Qué motivo podía pues, ligarme á una vida tan dolorosa y tan miserable? ¿Qué atractivo podía ofrecerme? ¿Por qué no me apresuraba mas bien á terminarla? Me hubiese aborrido muchos sentimientos, muchas lágrimas, muchos padecimientos. Mas mi hermana, mi pobre hermana, ¿qué habría sido de ella sin mí? ¿quién la hubiera protegido? Hé aquí lo que me obligaba á vivir. Pero confieso que sin esta idea, hubiera preferido un fin pronto, á esa agonía penosa de treinta años, cuyo fin aguardo todavía, y sin ella en aquellos momentos de crisis violentas, en que el dolor estraviaba mi mente, mi brazo guiado por la rabia hubiese herido maquinalmente.

Mas, una esperanza que me complacía en alimentar, una esperanza bien grata para mi corazón, aliviaba mis dolores y justificaba mi valor. La lepra no había atacado mas que el pecho de mi hermana, era una bella rosa á quien el gusano roedor no había hecho mas que tocar, y que yo esperaba aun ver lozana sobre su tallo. ¿Qué felicidad para mí si hubiese visto á mi hermana sanar! Este pensamiento era el único capaz de arrostrar mis tormentos; mas tambien con él, con la esperanza de ver á mi hermana feliz un día, yo había soportado padecimientos atroces. La amaba tanto!...

Sin embargo, me arrepentí entonces de haber vivido un solo momento á su lado: me reprendí como un crimen, como un fratricidio, todas las caricias con que mi imprudente amistad la abrumaba, todos los besos que mi boca impura la había prodigado tantas veces. Mas yo no debía contentarme con un arrepentimiento estéril; un penoso sacrificio era necesario: me sujeté á él, no sin profundo sentimiento; pero al menos con resignación.—Sí, me dije á mí mismo, no la veré mas por mucho que me cueste; me privaré de esa vista, de que mis ojos y mi corazón se hallan tan ansiosos. ¿Qué cruento esfuerzo!... Pueda él al menos espiar una falta grave sin duda, pero bien perdonable, supuesto que la amistad la ha causado!—Guardé mi palabra, y desde aquel mo-

mento no la he vuelto á tocar, no la he vuelto á ver... hasta la hora de su muerte!

Mas no apresuremos aquel instante fatal: demasiado pronto llegará. Ay! conozco que con ese triste recuerdo se vuelven á abrir mis llagas, y mi corazón se despedaza. Silencio! oh dolor mio! Un momento aun: pronto te sobrára tiempo, te sobráran motivos para llorar y gemir. Deja por el centro de tu nube sombría penetrar aun los últimos rayos de felicidad: antes de llegar á esa época dolorosa, aun tengo que pasar algunos ratos dichosos.

Estaba, pues, decidido á separarme de mi hermana; pero una separacion completa era mas de lo que me permitían mis fuerzas; nunca hubiera tenido bastante valor para consentir en ello, y si mis ojos podían pasar sin verla, mis oídos no podían renunciar á oirla; mi corazón necesitaba saber que estaba cerca de mí. La amistad es ingeniosa así como el amor: hé aquí lo que me inspiró.

Nuestra celda era bastante espaciosa. La dividí por medio de un tabique en dos habitaciones; la una para María, la otra para mí. Abrí una puerta con el fin de que mi querida hermana en caso de necesidad, pudiese contar con mi asistencia. Esa puerta se abrió una vez tan solo; desde entonces nadie la volvió á cerrar!...

Cada cuarto tenía su puerta al jardín. Al pié de la pared, en el intervalo que los separaba, se elevaba un espeso seto de lúpulos que atravesaba dicho jardín y llegaba hasta su estremidad, de modo que podíamos mi hermana y yo recorrer cada uno nuestra parte de él sin encontrarnos jamás. Sin embargo mi pasco favorito era á lo largo del seto: era en el sendero estrecho que lo cercaba en el que me complacía dirigir mis pasos y arrastrar mi dolor.

Prefería aquel sitio á todos los demás porque me acercaba á María, y el acercarme á ella era una dicha para mí. Podía pasar, oírme, hablarme, y era un alivio muy grande para mi alma cansada de soledad. Ella también venía allí muchas veces; parecía agradarla aquel lugar. Acaso, al menos me complazco en creerlo así, la atraía el mismo sentimiento que á mí.

Casi siempre llegaba yo el primero: ella no tardaba en venir. Oía el ruido ligero de sus pisadas, semejante al estremecimiento de las hojas agitadas por el céfiro; y aquel ruido agradable, hiriendo mis oídos, estremecía mi corazón. La aguardaba inmóvil y en silencio, la vista fija sobre el espeso seto como si hubiera podido verla. Llegaba por fin; entonces nos paseábamos juntos, cada uno por su lado, sin vernos, pero nos hablábamos, y nuestras palabras ni eran ligeras ni frívolas; eran siempre el lenguaje de la compasión y del consuelo. Yo consolaba á mi hermana y ella á mí, y participando cada uno de los males del otro los aliviábamos.

(Se continuará.)

ANA.

LEYENDA ALEMANA.

I.

En un valle que se estiende de un río en la tersa orilla, cerca de una pobre villa que no hace al caso nombrar, una turba bulliciosa de zagalas y zagales, por entre los eriales se ven alegres danzar.

Muere el viento en el follaje, y el horizonte encendido tiene aquel grato paisaje con tintas de rosicler, y confunden los acentos de cantantes é instrumentos, los sonoros movimientos de las aguas al correr.

Un poco mas apartados del baile y de la algazara, dos jóvenes reclinados en la blanda yerba están. Que es cualquiera acertaria una pareja amorosa, al ver á ella tan hermosa, á él tan rendido y galán.

Entre toda la comarca de aquel valle delicioso, no habia talle mas gracioso, rostro mas encantador, pié mas breve y mas ligero, risa mas pura y galana, ni ojos como los de Ana, manantiales del amor.

Niña tierna y candorosa, ama á Enrique dulcemente con ese amor que se siente solo en la vida una vez.

A Enrique, joven gallardo, cazador diestro, atrevido, y en el valle conocido por su valor y esbeltez.

Hijos de padres honrados y en la villa acomodados, juntos crecieron sus gustos, su amor, su dicha infantil: cual crecen entre los sauces dos cisnes que allí han nacido, dos palomas en un nido, dos flores en un pensil.

Desde su mas tierna infancia nadie á su amor puso dique, Ana siempre fué de Enrique, y de Ana Enrique fué. Y en esa edad en que el alma no ha sufrido aun desengaños,

corrieron sus verdes años
lentos de ventura y fé.

Pero un suceso funesto
vino á turbar la alegría
que de dicha parecia
á los amantes colmar.

A Enrique ruega su tío
vaya al momento á Maguncia,
y en la carta se le anuncia
que está próximo á espirar.

Llega el terrible momento
de abandonar á su amada:
suspira la desposada,
vierte llanto de dolor;
y dice al darle su mano
en señal de despedida:
«¡tu amor, Enrique, es mi vida;
no te olvides de tu amor!»

II.

En el reloj de la villa
las doce de dar acaban,
cuando dejando su albergue
Enrique emprende la marcha.
A pié, solitario y triste,
llevando un saco á la espalda
con su pequeño equipaje
se aleja de su morada.
Un gran rodeo proyecta
porque en medio de sus ansias,
por la vez postrera quiere
ver la casa de su Ana.
A medida que se acerca
va cogiendo rosas blancas,
y tegiendo una corona
que rocía con sus lágrimas.
La noche estaba serena,
mústia, apacible, templada:
camina Enrique volviendo
de vez en cuando la cara.
Llega por fin á una altura
y se desgarrá su alma,
pues la vuelta del sendero
á ocultarle va la casa.
Lanza su pecho un suspiro
al ver por entre las ramas
aquella mansion querida
por la luna iluminada,
y el último adios le envía
sobre las alas del aura.

Cuando triste y pesarosa
á la siguiente mañana,
la ventana de su cuarto
entreabrió la desposada,
una corona en sus hierros
encontró de rosas blancas,
que estrechó contra su pecho
y la besó enamorada.

III.

Llega por fin á Maguncia
Enrique, y halla á su tío

de sus funestos achaques
casi fuera de peligro.
Un día tras otro día
fué notando mas alivio,
hasta que al cabo se halla
del todo restablecido.
Desde que llegó le colman
de favores escesivos,
de dádivas y presentes,
de ternura y de cariño.
Su tío le contemplaba
cual lo hiciera á propio hijo,
y en él el retrato encuentra
del hermano que ha perdido.
Este anciano respetable
que era inmensamente rico,
solo tenia una hija
objeto de sus delirios.
Pasado que hubo algun tiempo,
y del todo convencido
de las prendas y virtudes
que adornan á su sobrino,
forma el proyecto en su mente
de casar á los dos primos,
y á entrambos lo manifiesta
apenas fué concebido.
Enrique escuchó esta nueva
pálido y sobrecogido,
pues aun sentia en su pecho
de otro amor el fuego activo.
Sin embargo, disimula
sus sentimientos distintos,
y reponiéndose un poco
aunque con valor mentido,
pide que un plazo le otorguen
para contestar preciso.

IV.

Aunque es verdad que la ausencia
mas escita las pasiones,
y de amor las afecciones
convierte en ciega demencia;

Tambien es cierto que un día
cuando mucho tiempo pasa,
la pasión que nos abrasa
poco á poco se resfria.

Y es cosa probada ya
sin que nadie dudar pueda,
que antes que aquel que se queda
olvida aquel que se vá.

Al principio fué constante
Enrique con la que amaba,
y cada día le enviaba
una carta asaz amante.

Pero el tiempo trascurriendo
fueron las cartas faltando,
y que ya la iba olvidando
Ana conoció muriendo.

Al fin del todo faltaron
del amor las mensageras,
y sus venturas primeras
cual humo se disiparon.

Siempre triste, suspirando
de la sociedad huía,
llorando la hallaba el día
la noche también llorando.

Abismada en el dolor
perdió su pecho la calma,
las ilusiones su alma,
¡qué le quedaba á su amor!

V.

Héla allí cual marchita su hermosura
El recuerdo fatal de sus amores;
Recuerdo de otro tiempo de ventura
Hoy tornado en amargos sinsabores.
En lánguida tornóse su cintura,
Huyeron de su rostro los colores,
Y abrumada de penas y de enojos
Sin cesar vierten lágrimas sus ojos.

En medio de la noche silenciosa,
Inquieta, fugitiva, delirante,
Abandona su lecho presurosa
Y el desierto pensil cruza anhelante.
Ya se para y sonríe venturosa,
Ya se agita y suspira vacilante,
En vano busca por do quier su alma
En su locura la perdida calma.

¡Estrella celestial de la mañana
Por los rayos del sol oscurecida,
Agostada y marchita flor lozana,
Aurora sin color, tórtola herida,
Ligera nube de zafir y grana
Por recios aquilones combatida,
Moribundo fanal, vergel sin flores,
Pobre amor que muriendo está de amores!

A la luz misteriosa de la luna
Alivian tu penar dulces memorias,
Cifras ¡ay! tu ventura y tu fortuna
En el recuerdo de pasadas glorias:
El terrible dolor que te importuna
Borrar quieres con dichas ilusorias...
Av de aquel corazón que se enamora
Y el bien que idolatró perdido llora!
Abrasada en sus lágrimas ardientes
Murió al fin Ana; ¡pobre flor de un día!
Sin muestras de dolores aparentes,
Fué al par que lenta, dulce su agonía.
De rosas blancas, puras, transparentes,
Su corona llevó á la tumba fría;
La misma que allá en época lejana
Dejó Enrique prendida en su ventana.

VI.

Entre tanto seductoras
corrieron para él las horas
de placer y fiestas llenas,
adormeciendo sus penas
con dichas engañadoras.

Aquella nueva existencia
de lujo y magnificencia
hasta allí Enrique ignoraba,

y olvido en ella buscaba
á las penas de la ausencia.

Poco á poco su tristura
con goces halagadores
fueron tornando en ventura
de su tío los favores,
de su prima la ternura.

Hasta que al fin llegó un día
en que juzgó su cariño
sueño de su fantasía,
vanos caprichos de niño
que un hombre olvidar debía.

Deslumbradora ambición
alucinó con grandezas
su inesperto corazón,
su amor creyó una ilusión
que pospuso á las riquezas.

Espiró el plazo marcado,
cumplió el tío su deseo
alegre y alborozado,
su antorcha encendió himeneo
y Enrique quedó ligado.

VII.

Falaz el destino al hombre engañando
Le muestra la dicha do no la hallará:
El hombre insensato se arroja en sus brazos
Y á un hórrido abismo le lleva quizá.

¡Qué valen las fiestas, placeres, riquezas,
Si el alma no encuentra el bien que sonó?
La calma en la tierra tan solo la ofrecen
Tranquila conciencia, recto corazón.

Ya un año ha pasado que Enrique á su prima
Al pié de las aras su mano entregó:
Buscó la ventura que sonó en su anhelo...
Y un año de penas tan solo encontró.

En vano trataba borrar de su mente
La triste memoria de un perdido bien;
La sombra de Ana por do quier veía
Cual justo castigo á su amor infiel.

En vano evocaba los dulces recuerdos
De esposa y de hijo con ardiente afán;
Entre ellos veía la sombra de Ana
Alzarse cual triste augurio fatal.

Dejando á Maguncia, creía ¡cuitado!
Que en ella quedaba su tenaz sufrir.
¿A dónde irá un triste, que no le acompañe
Su misera pena si la lleva en sí?

No basta de clima cambiar ni de gente
Al que presa el alma lleva en el dolor;
Para que sus duelos olvidar pudiera
Preciso sería cambiar corazón.

Cerca de la villa do vivió con Ana,
Su esposa tenía soberbia heredad,
En ella se encierra buscando á sus males
El débil consuelo de la soledad.

¡Ay de aquel que busca lo que hallar no puede
Y olvidar procura el mal que causó!
La calma en la tierra tan solo la ofrecen
Tranquila conciencia, recto corazón.

VIII.

Volviendo Enrique una tarde
de una partida de caza,
pierde el camino en un bosque
y toma una senda errada.

Al cabo de media hora
de no interrumpida marcha,
nota su error, mas en vano
ya de deshacerlo trata.

Cruza distintos parajes,
sigue direcciones varias,
todo inútil; cada vez
sabe menos donde se halla.

Entre tanto en occidente
inciertamente espiraba
la luz trémula del día
en negras sombras velada.

Cansado al fin de dar vueltas
sin norte que lo guiara,
y bajando á la ventura
por una pendiente rápida,

Hállase junto á una fuente
que claro indicio le marca
del sitio donde se encuentra,
y nuevo temor le asalta.

La casa de Ana no dista
de allí unas doscientas varas,
se encuentra al salir del bosque
en una estensa esplanada.

No hay más camino que uno
que por frente de ella pasa,
y aunque ha tiempo sabe Enrique
que se halla deshabitada,

Sin saber por qué se agita
y un vago temblor le embarga,
solo á la idea de verla
después de desdichas tantas.

Un solo momento duda,
pero su valor le engaña;
y por el sendero sigue
lleno de brio y de audacia.

La noche estaba tranquila,
pura, serena, callada,
el limpio color del cielo
ni una sola nube empaña.

Desde su azul transparente
vierten sus fulgores pálidas
mil estrellas misteriosas,
ya en grupos, ya solitarias.

Solemne silencio reina
sobre la tierra enlutada,
y mas severa engrandece
con él la noche su estancia.

Párase de pronto Enrique
que oír creyó, cosa estrana!
los ecos casi perdidos
de una música lejana.

¿Será ilusión de su mente,
ó el murmullo que las auras
dulcemente columpiando

hacen al mover las ramas?

No, no, que claro percibe
á medida que adelanta,
de un canto que ya conoce
las notas dulces y vagas.

Él compuso aquella música;
es un vals, sí, no se engaña:
solo para ella lo hizo,
con él siempre lo bailaba.

Escucha, y sentidas voces
femeniles lo cantaban,
y á su compás sobre el musgo
se oían ligeras pisadas.

Imprudente dobla el paso,
llega á las últimas ramas,
sale del bosque, y al cabo
vé lo que tanto anhelaba.

En una linda pradera
que de azul la luna esmalta,
un grupo de bellas jóvenes
á un tiempo bailan y cantan.

Todas visten blancos trages
de fina y flotante gasa,
sus pulseras de rocío,
coronas de rosas blancas.

Pero se nota en sus rostros
una palidez que espanta,
y una gravedad solemne
que hace siniestra la danza.

Son sus pasos tan ligeros
que se duda al contemplarlas,
si se agitan en el aire
ó si á la tierra tocaban.

Enrique las reconoce,
valor y fuerzas le faltan:
«es la ronda de las Willis» (1)
con voz espirante esclama.

Mas una de ellas al verle
de entre las otras se aparta;
llega, y le ofrece su mano
cual si á bailar le invitara.

Espantado tiembla Enrique
retrocediendo al mirarla:
las mismas son sus facciones,
no es ilusión, era Ana.

A él se acerca dulcemente,
entre sus brazos lo enlaza,
y mas bien que conducirlo
con ella al baile lo arrastra.

Sin aliento y casi exánime
resistir Enrique trata,
pero un poder sobrehumano
invisible lo empujaba.

De nuevo empiezan los cantos,
mueve á su pesar la planta,
y cual el viento ligeros
los dos á bailar se lanzan.

(1) Jóvenes abandonadas de sus prometidos esposos que mueren solteras, y bailan por las noches en los bosques á la claridad de la luna.

Zumba el aire
en sus oídos,
sus gemidos
oye apenas,
que se pierden
con la música
del vals.
Y en confusos
torbellinos,
blanquecinos
mil fantasmas
á su lado
fugitivos
vé pasar.
Sin aliento,
estenuado,
fatigado
de cansancio,
quiere en vano
su carrera
presurosa
detener.
Ya cercano
á desmayarse,
caer dejarse

sobre el musgo
solo intenta,
mas le impele
un horrible
no sé qué.
Yerbas, aves,
bosques, fuentes,
refulgentes
las estrellas,
cien ciudades
populosas,
gigantescas
torres de oro,
de la luna
el resplandor;
pasar mira
todo junto
cual trasunto
fiel del caos,
y en desórden
todo unido
van y vienen,
tornan, pasan
de aquel canto
siempre al son.

Cae al fin sobre el césped sin sentido,
Huyen las Willis, cesa la velada,
Y retorna la noche á ser callada
Sin una voz, un eco, ni un sonido.
Levanta la cabeza moribundo
Y halla desierta la pradera hembra,
Solo la luna hácia el ocaso huía
Dando cual él su adios postrero al mundo.

A su luz amarilla y falleciente
Vé á su lado una sombra misteriosa,
Una mujer, que amable y cariñosa
Le sostiene en sus brazos dulcemente.
¿Quién puede ser tan tierna compañera?
Vuelve la faz por su deseo inquieto:
¡Su traje solo encubre un esqueleto
Que de rosas cinó su calavera!...

Qué horror! entre sus brazos descarnados
Le oprime de su amor en el esceso,
Al par que estampa un asqueroso beso
En sus labios ya frios y morados.
«Al fin (dice con voz aterradora)
Del amor nos unieron las delicias:
Ven, Enrique, que quieren mis caricias
Tu constancia y tu fé premiar ahora».

Estas frases acompaña
con inútiles halagos,
que al fin presa de la muerte
espiró Enrique en sus brazos.

Un momento le contempla
al sueño eterno entregado,
con esa espresion tranquila
del que ya vengó un agravio.

Después su corona arranca,
y dejándola á su lado,
á evaporarse comienza
su ser en humo trocando.

Del todo pierde las formas,
y al par que se va alejando,
solo subir se distingue
hácia el cielo un fuego fátuo.

Poco á poco aquella luz
se vé cruzar el espacio,
y cual un nuevo lucero
confundirse entre los astros.

(Remitido.)

J. DE P. BLANCO.

Solucion del geroglífico anterior.

Palabra y piedra suelta no tienen
vuelta.

CADIZ: 1856.—Imprenta de la Revista Médica.

B T I E



D L M QUELEV O S E